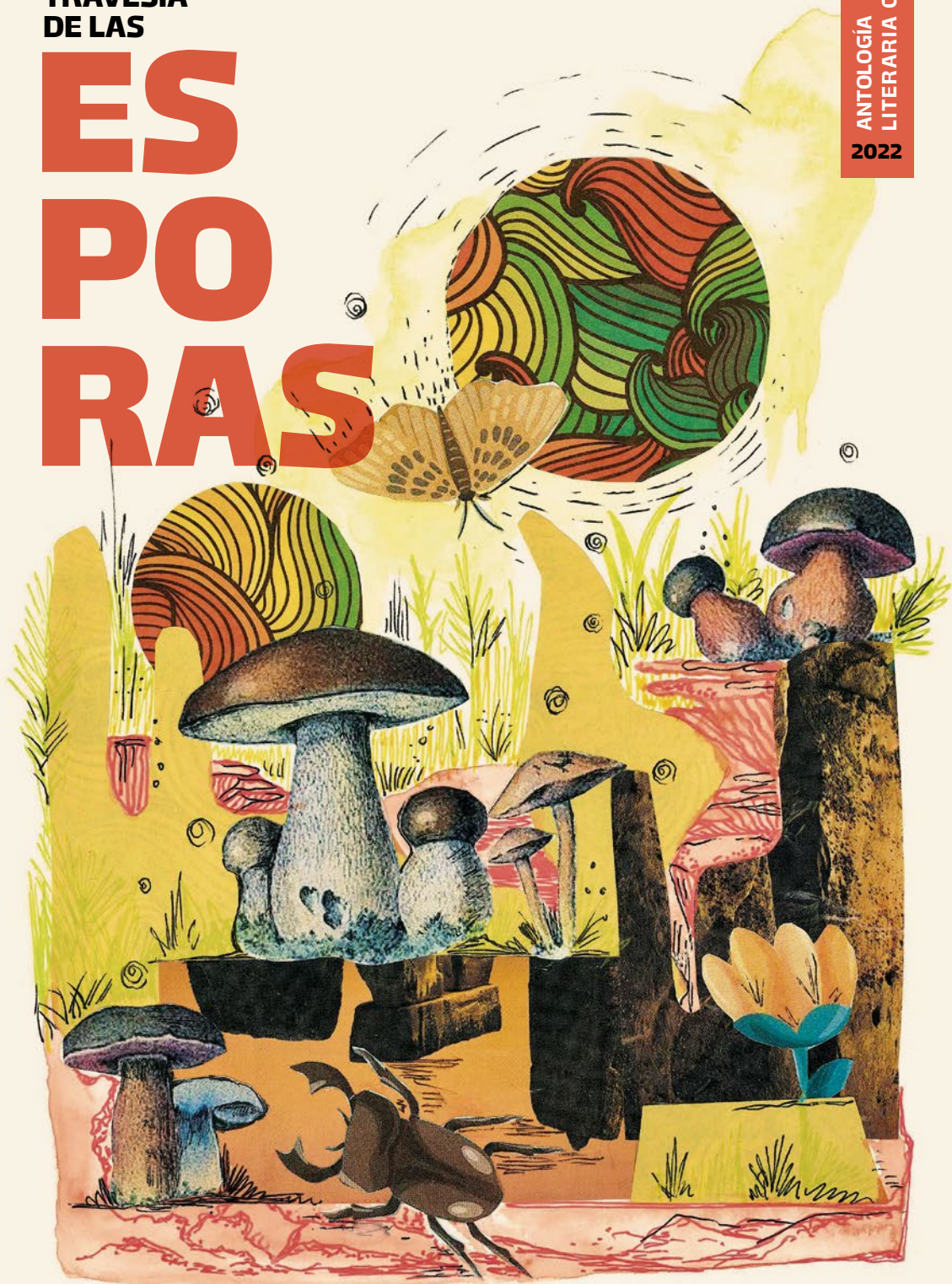


LA
TRAVESÍA
DE LAS

ES PO RAS

ANTOLOGÍA
LITERARIA CREA
2022



LA TRAVESÍA DE LAS

ESPO RAS



ANTOLOGÍA
LITERARIA CREA
2022

Alcaldía Mayor de Bogotá

Claudia Nayibe López Hernández
Alcaldesa Mayor de Bogotá

Secretaría de Cultura, Recreación y Deporte

Catalina Valencia Tobón
Secretaria de Cultura, Recreación y Deporte

Instituto Distrital de las Artes-Idartes

Carlos Mauricio Galeano Vargas
Director general

Maira Salamanca Rocha
Subdirectora de las Artes

Hanna Cuenca Hernández
Subdirectora de Equipamientos Culturales

Liliana Morales Ortiz
Subdirectora Administrativa y Financiera

Leyla Castillo Ballén
Subdirectora de Formación Artística

Programa Crea

José Alberto Arroyo
Coordinador general del Programa Crea

Alba Janeth Reyes
Coordinadora pedagógica del Programa Crea

Melissa Andrea Gómez Castañeda
Orientadora del área Literatura, Crea

Diego Alejandro Cote Ballesteros
Arley Buitrago Landázuri
Acompañantes de la línea Impulso Colectivo y Converge

Paola Inés Sierra
Ilustraciones

AF Diana Carolina Daza
AF Nicolás Medina Lozano
AF Jairo Enrique Cobos
AF Alexander Melgarejo Martínez
AF Mario Roberto Murcia Gómez
AF Jessica Esperanza Fuentes Cuevas
AF Lorena Viviana Moreno Cruz
EP Johanna Carolina Ramírez
Bandada, Mesa Editorial Literatura Crea

Publicaciones Idartes

María Barbarita Gómez Rincón
Coordinación editorial

Mónica Loaiza Reina
Diseño y diagramación

Edgar Ordóñez Nates
Revisión de textos

Multi-Impresos S. A. S.
Impresión

© Instituto Distrital de las Artes-Idartes
Mayo de 2023
ISBN impreso:
978-628-7531-83-3
ISBN PDF:
978-628-7531-84-0

Idartes
contactenos@idartes.gov.co
www.idartes.gov.co
Conmutador (571) 379 5750
Carrera 8 n.º 15-46
Bogotá, D. C.
Colombia

LA TRAVESÍA DE LAS

ESPO RAS





Contenido



10

Presentación

31

¿Qué tiene la gente
en la sangre?

50

El mago que
convierte a todos
en ranas

12

Una metáfora
del juego

32

¿Jugarás conmigo?

51

Lorenzo el
Guacamayo

14

**Brotaron
en la
narración**

36

La muerte del
dinociclope

53

Travesía por la
llanura (fragmento)

16

El libro perdido
(fragmento)

38

Pulghosky

56

9 de mayo
de 2019
(fragmento)

19

Reflejo

40

Una oscura verdad
(fragmento)

59

Sin título
(fragmento)

22

El despertar

43

Epifaine
(fragmento)

25

Pequeño verdugo

46

La Mona Lisa

62

El payaso solitario

27

Historia sin fin
(fragmento)

47

La familia Segura
Corregidor

63

Asesinato en la
zona 32





68

Pájaros en la boca

70

Transbordo

74

El carcaj

75

El azul y el rojo

76

La pintura mágica

77

El hombre de Dios
(fragmento)

81

El amor imposible

84

La cometa más alta
y luminosa

86

Querer es poder
(fragmento)



90

De cómo la tortuga
encontró su
caparazón

91

Historia de cuatro
personajes

92

¿Este será nuestro
futuro?

94

Penumbra

96

El mar de la
perdición

97

Detrás del
tapabocas
(fragmento)

100

**Brotaron
en el verso**

102

Un árbol





103

Poema

117

Seamos dos
pájaros

104

Pajarito de
cabecita

118

**Brotaron en la
escritura**

105

En el crepúsculo

120

Qué aburrido tener
que asesinar

106

Remanso de paz

123

Remembranzas de
mi infancia

108

Azukifi

125

Una extraña vida
(fragmento)

109

La idea que
me consuela

128

Vínculos, episodio 1
(fragmento)

110

Cuando
el viento gime

131

Los tres
mosqueteros

112

Sin título

113

La estufa de leña

133

El espectáculo
taurino

115

El cielo



Presentación



Carlos Mauricio Galeano Vargas
Director general
Idartes

El Programa Crea, perteneciente a la Subdirección de Formación Artística del Instituto Distrital de las Artes-Idartes, durante diez años ha venido realizando publicaciones pensadas en que la ciudadanía se tome la palabra, con el fin de garantizarles el ejercicio de los derechos culturales a diversas poblaciones de Bogotá.

Los textos de esta publicación han sido elaborados por personas que han participado en el área de Literatura del Programa, provenientes de todas las localidades de nuestra ciudad, quienes han contado con el acompañamiento de un equipo de artistas formadores (AF) encargados de generar procesos de formación artística y de acercar a niñas, niños, jóvenes y adultos a la creación literaria.

El Programa Crea tiene la hermosa tarea de brindar formación artística a los bogotanos en siete áreas, entre las cuales se encuentra la creación literaria. Gracias a la magia y al poder de la palabra escrita, niños, niñas, hombres y mujeres pueden contarnos su manera de ver el mundo.

En este libro encontraremos cuentos, poemas, textos experimentales y fragmentos de obras mayores que reflejan el compromiso de

nuestros beneficiarios, artistas formadores y acompañantes, así como la trayectoria de nuestro proyecto. Los autores y las autoras tienen entre seis y setenta años, lo cual nos recuerda que cualquier momento de la vida es válido para arriesgarse a mostrar lo que se escribe.

Con el acompañamiento de un equipo comprometido con los procesos artísticos, los beneficiarios del Programa Crea del área de Literatura nos comparten sus sueños, ideas, reflexiones, ocurrencias y maneras de ser y pensar en estas páginas, que se abren ante nosotros para enriquecer el panorama de esta gran ciudad que habitamos.

Una metáfora del juego



Melissa Andrea Gómez Castañeda
Orientadora del área de Literatura, Crea

La *travesía de las esporas* es una metáfora del juego en el que nos hemos propuesto acompañar a nuestros participantes en los procesos de formación del área de Literatura. Pertenecer a un equipo tan diverso de artistas formadores y acompañantes pedagógicos que, valiéndose de su experiencia, conocimientos y amor por la palabra, hacen que esta publicación sea posible, es entender que hay una gran riqueza en nuestros modos de operar como programa pedagógico y cultural, y que por medio de la escucha y del encuentro, la diversidad de nuestras formas de expresión se expande y crece.

Este libro está dedicado a las familias que creen en lo que escribimos, a quienes nos encontramos por el camino y se interesan por lo que tenemos que decir. Sobra aclarar que todo aquel que quiera emprender el viaje de la lectura con nosotros, es bienvenido, porque la literatura nos pertenece a todos. ¿Qué significa esto? Que esperamos que se acerquen a leernos de manera libre y tranquila, que se arriesguen a emprender este viaje por la imaginación, que se dejen acompañar por nosotros en esta travesía que, además

de contener parte de las vivencias de nuestros participantes, ha sido asistida, revisada e ilustrada con mucho cuidado y dedicación.

En estas páginas se dan cita voces muy distintas, de acentos diversos, que se expresan en tonalidades muy variadas, que se encuentran, se relacionan, crecen juntas y por ratos se distancian... Pero todas se buscan y se reconocen en el aprendizaje. Esperamos que esta antología, al igual que las que le han precedido, sea de su agrado, que la disfruten y les permita vislumbrar un panorama de lo que, como ciudad, estamos escribiendo.



Brotaron en la narración



El libro perdido

(fragmento)



Yipssi Carolainthn Peña Cubides, 12 años
IED Villas del Progreso. Crea Roma
AF: Fernando Hernández Parada

Capítulo uno: El libro perdido

Hace muy poco escribí un libro sobre problemas mentales, incluyendo allí mis miedos y fobias. Tiempo después dejé de escribir y olvidé ese libro.

Unos días más tarde llegó una correspondencia a mi casa. Era una carta. La miré, pero no tenía el nombre de quien la escribió, por lo que pensé que se habían equivocado. Sin embargo, revisé la dirección y me di cuenta de que era exacta y coincidía con la de mi hogar. Me pareció algo raro, porque vivo sola.

La carta decía: “Admiro tu libro. Es tan humano que me encantó leer tus escritos. Eso me ayudó a comprender algunos problemas de la gente. Pude entender que los miedos son algo que todos tenemos en la vida”.

Me parecía raro lo que decía ahí, porque nunca publiqué mi libro en ningún lugar. No le di una respuesta porque nunca supe de quién era esa carta. Lo mismo hice con muchas otras que llegaron después a mi casa con el pasar de las semanas.

Siempre que empiezo a escribir me olvido de todo lo demás, de la realidad que me rodea. ¿Qué puede ser más real en esta vida que mis propios libros?

Un día fui a buscar el libro de mis fobias y me di cuenta de que no estaba en la casa. Hice memoria para ver si lo había dejado en algún lugar, pero lo cierto es que nunca salí de mi casa con ese libro.

Unas horas más tarde me llegó una carta que decía: “Por si no encuentras tu libro, yo soy la causante de que no aparezca. Gracias a mí vas a sufrir mucho, pero no es mi culpa, porque nunca me respondiste ni escuchaste lo que quería expresarte. Tú serás la causante de tus mismos daños, ya que gracias a tu libro puedo tener una base para poder atormentar tus días. Lo haré hasta que te mueras, pero no seré la causante de tal acción tan atroz que ocurrirá en las semanas que vendrán”.

Capítulo 2: Conociendo mi lado fatal

Unos días después de aquella carta llegó a mi casa una visita. Se identificó como la escritora de las cartas. Aunque me daba miedo, la recibí para saber qué era lo que necesitaba.

—¿Por qué me robaste el libro? —dije con algo de miedo.

—Estaba rondando por ahí y me topé con tu hogar. Puedo ver el interior de todas las casas. Vi tu libro y me pareció interesante. A medida que fui leyéndolo me pareció importante, pero eso no importa, Morgan, no vine a gastar mi tiempo en tus preguntas estúpidas. Solo vine a cumplir lo que está escrito en mi última carta.

—¿Me estás amenazando? ¿Cómo se supone que vas a cumplir semejantes locuras?

—Porque soy una bruja.

—Las brujas no existen. ¿Sabes qué?, retírate de mi casa.

—Si de verdad crees que las brujas no existen, ¿por qué les tienes tanto miedo, Morgan? Te lo dije, voy a hacer realidad todos

tus miedos y, para empezar, me presento: soy una bruja y vine para atormentar tus días y tus noches, para llenar tu conciencia de bichos y cosas que ni entenderás, porque irán contra tu ser, tu mentalidad y tu paz personal —dijo con una sorprendente picardía.

—Espera, si lo que dices es cierto, ¿cómo sabes mi nombre si en mi libro nunca lo escribí? No seas tan grosera conmigo: soy una persona muy decente como para admitir una vulgaridad de ese tipo. ¿Sabes qué?, podrás ser muy bruja, pero sin valores no eres nada —dije con voz fuerte, aunque temblorosa.

Después de echar a la supuesta bruja de mi casa, decidí no prestarle más atención al tema. Me dirigí a la cocina y busqué algo para comer. Estaba muy relajada y la bruja ya se había ido, o por lo menos eso fue lo que me hizo creer.

Una hora después me sentí atrapada entre cuatro paredes, empecé a quedarme sin aire. Quise escapar, pero todo lo veía oscuro. Mi respiración comenzó a acelerarse, así que me acurrugué en el piso, puse mis rodillas en el pecho y sentí cómo un escalofrío pasaba por mi cuerpo. Era ese desespero que tiene una persona que siente que sus miedos la persiguen cuando sale a la calle o cuando está en aquella soledad a la que llamas con tu mente.

En ese momento sentí un llamado hacia la muerte.

Reflejo



Juliana Bernal, 20 años
Colectivo Plumas Errantes. Crea Suba La Campiña
AF: Andrés Ramírez Mejía

7 :35 a. m. Portal del Norte. Recién comenzaba mi mañana: el tiempo fijo, la tensión acumulada en la espalda, el humo de los buses, la contaminación auditiva de las motos y los gargajos atrapados en la garganta de algún viejo con pulmones infestados de residuos de tabaco.

No tenía cabeza para nada, pero lograba percibir, de forma hostigante, todo a mi alrededor: el olor a quemado de los chorizos del vecino, el humo entremezclado de tabaco y tinto que consumían los obreros antes de comenzar su jornada, el perfume de señora que se desplegaba en todo el ambiente y que no te deja casi respirar, los gritos de los señores de las flotas llamando a cualquier persona que vaya para el norte.

—¡Flota a Zipa, Zipa, Zipa!

Los berridos de los niños, los suspiros de la señora asustada porque se percató del gamín galeado que cargaba su carretilla con los brazos y el tarro de bóxer en la boca, las joyas de la señora que chocan entre sí cada vez que subía un escalón del puente de la autopista.

—Señorita, ¿no me podrá colaborar con una monedita? Es que ya no tengo pa'l pasaje —se dirige a mí un viejo al que le faltan casi todos los dientes de la mandíbula inferior.

Niego con la cabeza y sigo mi camino.

Cruzo el puente y me meto por la pasarela que lleva a unas grandes casas blancas.

Debía llegar al cineforo de la universidad, aunque ya no tenía ganas de ir. Me invadía una ansiedad atosigante, árida, incesante. Mi cabeza era una radio vieja que no encontraba emisora. Poco a poco, los sonidos de la calle se convirtieron en una densa mezcla dentro de lo que alguna vez fue mi subconsciente. Ya no quedaba espacio vacío: esa masa negra, blanda, amorfa, se había apoderado de todo.

Me temblaban las manos, me ardían la garganta y el pecho. Mi corazón latía a un ritmo de 120 por minuto. Tun tun, tun tun. El ritmo se sincronizaba con el mismo afán de mi andar; ya ni siquiera se sentían las palpitations entre las costillas.

Hoy duele más el vacío del pecho, más que de costumbre. Como si hoy el desasosiego se hubiera hecho notar, más latente, aún más presente. Me resultaba sencillo volverme un personaje secundario en el rumbo de mi propia vida. Tomar un asiento y quedarte a observar cómo tu vida pasa y desperdicias el tiempo en cualquier cosa que te haga olvidar, así sea por un segundo, lo fatídico y monótono de tu día a día.

Cualquier cosa es mejor que tener que darle la cara a esto que me devora las entrañas y me debilita desde el interior. No creo que esté lista aún para observar ese espejo y, aún peor, para asimilar lo que se vea reflejado allí.

La ansiedad aumenta, el corazón a 127..., 130..., 136... latidos por minuto.

“Necesito un porro”, pensé.

Recordé el moño de cinco Lukas que me había regalado Thomas.

Metí la mano rápido al bolsillo y alcancé a sentir el ardor en la cutícula al entrar en contacto con la mugre. Tenía las uñas resquebrajadas por la falta de vitamina E. Me daba asco lo que pudieran pensar quienes me vieran.

Comienzo a trillarla con los dedos. El cogollo está tieso, las hojas no se quiebran, parecen húmedas y melcochudas; toca separarlas una por una. Eso me pasa por fumar *crippa* (igual, no me alcanza para mucho más).

Tenía un olor particularmente fuerte, extraño. Como el olor que desprende la ropa que olvidaste poner en el patio a secar. Saqué un papel de chicle sabor a fresa, lo arrugué, le pasé las uñas de lado a lado hasta que lo sentí ligeramente liso. Le puse la marihuana encima y comencé a prensarlo con los dedos, sin afán, de lado a lado, cuidando de que no se cayera ni un poquito de polen.

Como siempre, se asomaron las miradas extrañas, esas que me hacen sentir aún más foránea de lo que ya soy, que te rectifican que tú nunca serás parte de nada, que ni aquí, ni allá serás bien recibida.

Saco una cajetilla de fósforos El Rey. Para mi fortuna, aún quedan tres. Raspo suavemente la cabeza del cerillo contra la caja. Se empieza a formar una pequeña llama y luego se come todo.

Acerco la punta del cigarro a la flama, alcanzo a sentir el calorcito en la punta de la nariz. Inhalo fuerte. Se me inundan los pulmones de una nube azul. Los ojos me brillan, se forma una arruga bonita en la comisura izquierda de mis labios. Estoy preparada para soltar el aire, para exhalar, junto con el humo, las preocupaciones de la monotonía, pero algo raro ocurre.

Suelto el aire, desinflo los pulmones, me siento como una bolsa translúcida llena de niebla. El viento se la lleva, y casi siento cómo me lleva con ella. El corazón se acelera aún más; los latidos en conjunto forman un solo golpe, un gran latido. Y luego..., simplemente deja de palpar.

El despertar



Carlos Castro y Dylan López, 13 años
IED Villas del Progreso. Crea Roma
AF: Andrés Murillo Mora

Había un libro perdido. De él se decía que, si se leía con la suficiente dedicación y concentración, le otorgaría el conocimiento infinito a quien lo leyera. La persona que quisiera leerlo tendría solo una semana para completar la tarea, o de lo contrario, moriría de forma lenta y dolorosa. En caso de que lo hiciera en menos de una semana, su afán de conocimiento lo llevaría a una muerte 174 veces peor.

A pesar de los rumores, Vásquez y yo seguíamos buscándolo. Nos tomó cinco años encontrarlo. Lo hallamos en medio de las hojas secas de un árbol que cubrían lo que parecía ser un cuerpo en descomposición. Salimos corriendo, asustados, hacia nuestra tienda de campaña. Las pistas que habíamos logrado recolectar hasta entonces nos indicaban que el saber verdadero está en el bosque, que allí encontraríamos cosas que no parecían lo que eran. Vásquez volvió al lugar en donde estaban arrumadas las hojas. Ya no había cuerpo; en su lugar se encontró con un montón de plumas y el libro envuelto en un paño rojo. Desde lejos, le hacía señas para que lo dejara ahí, pues creía que lo mejor era que nos retirásemos, porque todo estaba haciéndose cada vez más extraño. Sin

embargo, volvió con el libro, y en cuanto intentó leer la primera línea, se desmayó.

Al menos eso es lo que recuerdo. Me di cuenta de que Vásquez no estaba, y tampoco el libro. Me sentí traicionado. Empecé a seguir su rastro, una línea que se entrecortaba en la tierra. En el camino me encontré una página en la que solo había un pequeño punto, nada más. La línea se acababa en frente de la casa de mi amigo. Había algo en el espacio que me hacía pensar que todo era falso, que seguíamos en el bosque.

Apenas puse un pie en la puerta, vi una sombra dirigiéndose a Vásquez. La sombra había tomado su forma. Lo saludó y le dijo: —¿Qué tal, Vásquez? Cuánto tiempo sin verte.

Él no entendía a qué se refería. Era una figura que nunca había visto antes, pero le era familiar. La sombra simplemente le soltó una sonrisa.

Yo intentaba gritar, pero la voz no me salía; trataba de alertarlo sobre las sombras que estaban en los cuartos y en los cuadros. Todas se lamentaban, sufrían. Entonces la sombra pensó que era el momento indicado, así que empezó a hablar. Sabía que había notado mi presencia cuando giró su cabeza, y también me sonrió. Nos hizo saber que cada persona que lee el libro tiene que confrontar sus malos pensamientos, y si no lo logra, quedará atrapada hasta que alguien más se atreva a correr el riesgo de nuevo, sin posibilidad de escapar ni moverse. Será una nueva foto para la colección.

En ese momento comprendimos que la sombra no era ninguna especie de villano y que la historia debía terminar. La sombra nos dijo que la página se hallaba en nuestro pensamiento. Nadie había logrado encontrarla, pues, al parecer, quienes trataban de hallarla nunca la alcanzaban, se materializaba en el mundo real.

El reflejo de Vásquez marcó una sexta equis en el calendario, y empecé a materializarme frente a mi amigo. Yo le conté que tenía la hoja que necesitaba para liberar a todas esas sombras que lo seguían. Estuvimos dándole vueltas a una posible solución,

hasta que Vásquez descubrió que el libro debía hablar del conocimiento propio. El tiempo, de algún modo, empezó a correr más rápido, aunque nuestros movimientos se vieran en cámara lenta. Nos quedaban veinticinco minutos nada más. Llegamos a la última página. Logramos terminar cinco minutos antes de que terminara la semana. La sombra continuó contando el tiempo que restaba. Vásquez y yo empezamos a buscar el error. Quedaban apenas unos segundos. Volvimos sobre nuestros pasos con mucho afán. No entendíamos lo que habíamos escrito: era casi como si la historia hubiera sido contada por alguien más. De repente escuchamos “Tres, dos, uno...”.

Desperté. Aún no había anochecido. Vásquez seguía sin aparecer. Al abrir la tienda vi un montón de sombras corriendo entre los árboles en distintas direcciones. No sé si escapaban o se dirigían a otro destino. Finalmente eran libres.

Una de las figuras se movía en las ramas de un pino enorme. No dejaba de mirarme.

Sigo sin saber muchas cosas. Sigo sin saber qué fue lo que ocurrió.

Pequeño verdugo



Yuseunny Rosset Argumendo, 16 años
Colectivo Diversus. Crea Suba La Campiña
AF: Andrés Ramírez Mejía

Un niño iba corriendo tras un avión de juguete que surcaba el cielo a no más de dos metros y medio del suelo. Sus padres lo habían perdido de vista por estar discutiendo. El niño, ya agotado, seguía vigilando la aeronave que, poco a poco, iba descendiendo en dirección a la gran fuente de la plaza.

—¡No, los pasajeros no saben nadar! —exclamó el niño.

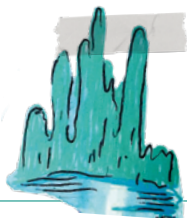
La tripulación quedó estancada en el plato superior de la fuente. El infante se lamentaba porque todos los pasajeros sufrirían hipotermia, se les acabaría la comida y tendrían que recurrir al canibalismo. Pidió ayuda, pero nadie le hizo caso, así que fue por un montículo de piedras y empezó a bombardear la plataforma. Podía ver la nave tambalearse en el borde del platillo. Los tripulantes estaban aterrados por la criatura regordeta que los empujaba hacia el vacío.

El niño toma una piedra más grande y, con todas sus fuerzas, golpea al avión, que cae en el plato medio, y luego en la parte inferior de la fuente. El avión ha perdido el ala derecha, todos los que estaban a bordo han muerto, y unos cuantos enanos que quedaron en la cima de la fuente observaban traumatizados cómo el gigante

regordete toma la nave destruida, y llorando corre hacia los brazos de su madre. Era la decimotercera tripulación aérea en perecer en aquellas rellenas y pegajosas manos.

Historia sin fin

(fragmento)



Karol Damarys Puin Huertas, 12 años
IED Villas del Progreso. Crea Roma
AF: Fernando Hernández Parada

Primer capítulo

Ese día desperté con muchas ganas de salir a algún lado. Hacía mucho frío en la ciudad, así que me arreglé, como siempre, para salir. Yo siempre estaba acostumbrada a utilizar ropa superflojita, como para estar en la casa y no hacer nada, así que me dirigí hacia mi armario y me puse lo primero que vi: un abrigo caliente hecho de una tela supersuavecita, como algodón; un pantalón tipo *jogger* y unas botas de gamuza de color negro con blanco (eran mis favoritas porque eran supercómodas y las podía llevar a donde quisiera). Salí de mi apartamento, y apenas di un paso al frente, sentí el frío tan tenaz que hacía. Yo vivía antes en Santa Marta. Como ese lugar es muy caliente, y me mudé hace poco a Bogotá, no estaba acostumbrada a este clima.

Seguí caminando por un pasillo tan oscuro y solitario que hasta se escuchaba cuando los residentes hablaban. Continué entre paredes blancas y con grietas (les faltaba una pintada por lo desgastadas que estaban). El piso tenía una alfombra color rojo, como la de los

premios Grammy, muy elegante; el único problema era que estaba un poco desaseado y había mucho polvo. Las escaleras rechinaban cuando las pisaba, y las barandas estaban sueltas porque también les hacía falta mantenimiento.

Me dirigí hacia la recepción del lugar, atendida por una señora egocéntrica que criticaba mucho. La saludé amablemente:

—Buenos días, doña Patty. ¿Cómo se encuentra? —le dije con alegría.

—Bien —respondió sin añadir ninguna palabra más.

La miré con cara de desprecio porque me dio ira que me hubiera contestado así. Luego hablé con el guardia del lugar, quien era una persona muy alegre y saludadora.

—¡Hola, don Carlos! ¿Cómo está? ¿Cómo le fue en el turno de anoche? —le dije alegremente con una sonrisa en el rostro.

—Hola, señorita Angélica. Bien, gracias a Dios. Cansado y con mucho sueño, pero bien, ja, ja, ja, ja, ja, ja —contestó con alegría y con mucha actitud positiva.

Me despedí y me dirigí a la tienda que queda al frente de la residencia. Esperé a que el semáforo estuviera en rojo para poder pasar al otro lado de la calle, y cuando cambió, me detuve mientras pasaba un carro con rayas negras y llantas con líneas de color verde fosforescente. Dentro del carro vi, como en cámara lenta, a un señor de aproximadamente 45 años. Tenía barba, era de contextura obesa y bajito.

Cuando terminó de pasar el carro, seguí caminando y me pregunté por qué lo había mirado así de fijo, pero no le presté más atención. Entré a la tienda y me dirigí hacia el pasillo número dos, en el área de vegetales, buscando algunos elementos para hacerme un desayuno.

Mientras iba hacia la caja registradora me di cuenta de que el señor que delante de mí hacía la fila era el mismo que había visto afuera de la tienda. Estaba comprando también y se dio cuenta de que yo estaba atrás, esperando a que pasara la siguiente persona. Se volteó y me dijo:

—Hola, hermosa, ¿quieres pasar al frente, hija?

—No, muchas gracias, estoy bien. Puedo esperar tranquilamente, no tengo afán —le respondí educadamente.

—Ah, *okey*, dale. No hay problema, qué pena molestarte, hija —dijo.

Yo le devolví una sonrisa incómoda.

Terminé de pagar lo que había cogido. Salí de la tienda y me dirigí hacia el edificio que quedaba enfrente del establecimiento.

Cuando iba caminando oí un “piii, piii”, al otro lado de la calle. Era el señor del automóvil. No le presté atención y seguí mi camino.

Segundo capítulo

Se acercaba el verano y los días se iban haciendo más y más largos. Mi paciencia no aguantaba más. Estaba muy estresada. Esos últimos días en el trabajo no habían sido tan fáciles. Cada día llegaban más cosas que me hacían quedar en *shock*. Pasaban los días y cada vez se me hacía más largo el turno. Mi cabeza no aguantaba más, así que decidí decirle a mi jefe que me diera vacaciones. Me dijo que sí, con la condición de que antes de irme le ayudara con un caso, porque los demás compañeros estaban ocupados.

—¡Aggh, *okey*, lo haré! —contesté con un suspiro y me retiré de su oficina.

Le pregunté con apuro a Claudia, la ayudante del lugar:

—¿Oye, sabes cuál es el nuevo caso que tengo que atender?

—Sí, sí sé cuál es tu nuevo caso. Es un caso complicado, pero tienes que sacarlo adelante para poder tomar unas vacaciones —me explicó.

Me reí y le pregunté si podía dejarme el expediente del paciente en el escritorio mientras iba por un café cargado para poder pasar la noche allí.

Pasaron dos días y mi paciente no aparecía, a pesar de que había sacado una cita días atrás. Le pregunté a mi jefe si podía ir a visitarla. Me respondió que sí, que no había ningún problema.

Me dirigí en un taxi a la dirección que decía en su expediente.

Llegué al lugar y era algo muy solitario, callado y sin tanta gente.

Entré por la puerta de recepción, y había una señora de pelo rojo ondulado y unas cuantas perforaciones en su rostro.

—Buenas tardes, ¿sabe dónde se encuentra el apartamento 403? Si no es mucha molestia, ¿puede llevarme hacia él, por favor? —le dije con amabilidad.

—Mmmm, *okey*.

Con un *okey*, y nada más que eso, me respondió. Creí que la gente de las recepciones de los lugares tenía que ser amable con los visitantes.

Se levantó de su silla y con un bostezo me dijo:

—Vamos, sígame.

La seguí, y mientras subíamos las escaleras se escuchaban peleas entre parejas o familias. No le presté atención a eso porque todos tenemos problemas y discusiones. Íbamos ya en el cuarto piso cuando escuché a una joven llorar escandalosamente. Le pregunté a la señora si esto siempre pasaba en ese lugar.

—Ah, sí. Eso siempre pasa. De hecho, ese es el apartamento de la joven a la cual usted está buscando —contestó.

No dije nada. Solo seguí caminando hacia el apartamento. La señora bajó, así que le grité:

—¡Gracias!

Decidí golpear. Me abrió una jovencita como de veinte o veintiún años de edad.

¿Qué tiene la gente en la sangre?



Luis Ángel Gómez, 14 años
IED La Toscana-Lisboa. Crea La Campiña
AF: Laura Alejandra Flórez Millán

Lo que la gente tiene en la sangre son muchos Mateos pequeños que corren por las venas y que de vez en cuando rompen vidrios; los pequeños Mateos se meten en problemas a cada rato. Cuando uno se hace una herida y sale mucha sangre, los Mateos pequeños se secan (el proceso de coagulación) para sellar la herida y evitar que se sigan saliendo los Mateos. Cuando uno se muere, los Mateos pequeños se mueren también. La sangre de los mini-Mateos está hecha de más Mateos, y así infinitamente. Aproximadamente, en cada gota de sangre hay 70,96 Mateos. Una enfermedad crónica se llama MAT-PED84, y se debe a la ausencia de Mateos en la sangre. Apenas se detecta, el tiempo aproximado de vida es de ocho a nueve segundos. Por eso, las otras enfermedades, como la diabetes y el colesterol alto, no existen: son un invento del gobierno.

¿Jugarás conmigo?



Janny Daniela Ceballos Ospina, 12 años
IED Villas del Progreso. Crea Roma
AF: Fernando Hernández Parada

Lili estaba acurrucada en su cama con su osito. En sus piernas dormitaba Copito, su pequeño conejo, el cual se despertaba cada tanto por el estruendo de los vehículos. Ella se encontraba de muy buen humor, ya que a partir de mañana viviría en una bella finca con un montón de espacio, y Copito podría correr por todos lados, tal vez tomando por amigos a encantadores pájaros o pequeñas hormigas.

Se sentía ansiosa por descubrir su nuevo hogar. Después de que empacó su peluche en una pequeña maleta, su madre, con delicadeza, la tomó de la mano, llevándola a un tren que la transportó a su nuevo hogar.

Emocionada, fue con una dulce sonrisa a recorrer sus lindos prados, que estaban teñidos por varios matices de verde y bañados por un sol vibrante, lo que hacía juego con la rebelde fauna que allí vivía. Al ver a lo lejos a su mamá, le pareció que de la casa de su conejo provenía un humo de color naranja llameante, que fue suficientemente llamativo como para preguntarle:

—Mami, ¿qué... estás haciendo? —Lo dijo con una curiosidad notoria.

—Nada, cariño. Entra a casa, que este humo te hace daño —respondió su madre, mientras el humo se propagaba.

Un día, mientras subía a su habitación, Lili vio a su mamá hablando extraño y moviéndose de manera grotesca. La pequeña llamó a su padre para contarle el inusual caso, pero él no le prestó atención, creyendo que era producto de la imaginación infantil de su hija. Ella, derrotada, se tumbó en su cama a ver por la ventana y contemplar aquella peculiar danza. De un momento a otro, quedó atrapada en un repentino sueño que duró una semana.

Al despertar, la niña empezó a recorrer toda la finca. No dejó ni un espacio por conocer: le encantó el hormiguero, por donde pequeñas y trabajadoras hormigas transportaban su alimento de manera persistente; disfrutó de los pájaros construyendo sus nidos, del alegre canto de aves silvestres, del suave murmullo de la brisa al desordenar sus adorables trenzas y del curioso crujir de las hojas al caer.

Se volvió su pasatiempo ver cómo su mamá trabajaba en los exteriores de la finca, en lo que ella llamaba su “nuevo emprendimiento”, y a donde la gente acudía frecuentemente. Su madre, entonces, sacaba cartas raras de póker y la casa empezaba a oler, durante esos instantes, a una penetrante pestilencia de muerto.

Lili salía con frecuencia a pasear por los alrededores. Un día vio a lo lejos dibujarse una silueta detrás de los arbustos. Se acercó y se dio cuenta de que aquella sombra pertenecía a un niño. La pequeña corrió hacia donde se ubicaba el misterioso ser, y con una curiosidad en ascenso, miró al niño de abajo a arriba: estaba andrajoso y con cara de preocupación, tristeza, desolación y una pizca de maldad en su expresión. Así que se le acercó.

—Hola... Me llamo Lili, vivo cerca de aquí... —dijo pausadamente, debido al escalofrío que el niño le causaba.

—Hola —respondió tartamudeando aquel misterioso ser, con un aura algo sombría.

Lili miró a su alrededor buscando alguna casa aparte de la suya, ya que le extrañaba ver a un niño solo. Como no encontró ninguna, supuso que se había perdido y le preguntó con preocupación:

—¿Te has perdido?

—No, vivo después de la colina..., pero no tengo ni un amigo para poder jugar allá. Eres la primera niña que veo por aquí, así que ¿quieres ser mi amiga?

—¡Qué susto!... Estaba un poco sorprendida, ya que no vi ninguna casa cerca. Por supuesto que seré tu amiga —dijo Lili con emoción, pues acababa de hacer un amigo nuevo.

Lili frecuentaba todos los días los alrededores de la finca para poder jugar con su misterioso amigo. Su madre comenzó a percatarse de su ausencia en las tardes de verano, cuando el sol era insostenible por su intensidad y el calor abrasador no le permitía salir ni a Copito. Ella, preocupada por su hija, empezó a observar el comportamiento de la infante, que era inusual: hablaba y jugaba sola durante horas, dormía con los ojos abiertos y comía pequeños animales del rededor, como pájaros y liebres. Parecía un perro rabioso.

Con una notoria preocupación, la madre recordó la vez que no selló correctamente a un demonio durante una de sus sesiones y, por ello, lo dejó a la deriva. En la ciudad, su trabajo de vidente, hechicera y lectora del tarot no le era rentable y, en consecuencia, tuvo que dejarlo por un tiempo, pero lo retomó en la finca, donde pueblerinos la visitaban muy seguido para conocer qué les depararía el futuro.

Los rumores de una vidente que manipulaba la magia negra se propagaron como una epidemia, y su trabajo prosperó, pero un día no pudo sellar a un demonio que se escapó en uno de sus rituales, y el maligno quedó a la deriva. Quizás ese demonio poseyó a Lili para alimentarse de su pureza e inocencia, pensó.

Ella tomó a su hija, que sostenía con firmeza su osito, porque le daba sensación de protección, y agarró un libro viejo cubierto de polvo que en su portada decía: *Hechicería medieval*.

La madre le practicó toda clase de rituales a su hija para la expulsión del demonio, hasta que obtuvo éxito, pero ese ser no era tan débil. Mientras tanto, Lili estaba tendida en el suelo, de tanto llorar y a causa del sufrimiento que había tenido que soportar. Estaba cubierta de lágrimas y de sangre, ya que el demonio se había aferrado a ciertas partes de su cuerpo cuando su madre recitaba las palabras del ritual y azotaba con un látigo el cuerpo de Lili, el cual tenía un poderoso hechizo que repelía e incineraba el mal. Aquel ser maldito le dejó la peor parte a la infante.

Su madre dejó de percibir la presencia del demonio. Quizás en el ritual lo había sellado para siempre.

—Espero haberlo hecho bien esta vez —susurró.

Levantó a su hija y la estrechó en sus brazos. La bañó en besos bajo el calor del seno de una madre. Desinfectó sus heridas, y ni Lili ni su madre volvieron a hablar de lo ocurrido.

Un día, Lili estaba sentada en su cama con Copito en su regazo. Crujió algo en la sala y ella, caracterizada por su curiosidad, bajó lentamente las escaleras, mientras escuchaba lo precipitado de sus pasos. Se estremeció por el retumbar del reloj que indicaba las tres de la tarde. Cuando bajó el último peldaño y tímidamente asomó la cabeza al salón, se percató de que no había nada. Sin embargo, vio sentado en una silla a su pequeño osito, quien le dio la impresión de estar mirándola con sus ojos inertes. Seguramente lo había dejado allí antes de acostarse.

Al caer la noche, sonó un golpe seco desde la casa de Copito, lo que causó la interrupción del sueño de Lili. Ella se levantó ágilmente de un brinco, preocupada por el bienestar de su conejo, y se dirigió a la casa de él.

Lo que vio la paralizó: Copito estaba tendido en la hierba, bañado, de manera exagerada, en un color rojo que también teñía el pasto. Su osito de felpa se encontraba erguido y sostenía unas tijeras en la mano.

La muerte del dinocíclope



Nicolás Gutiérrez Molina, 11 años
IED Villemar El Carmen, sede C. Crea Villemar
AF: Jairo Enrique Cobos Castañeda

Éranse una vez dos dinosaurios que no parecían como cualesquiera de los que se conocían hasta el momento. Eran de color naranja. Cada uno tenía un ojo, además de dos cuernos y la boca similar a la de una vaca; su cola era como la de un gato, pero se paraban en dos pies, como si fuesen cíclopes.

Un día estaban caminando por el bosque cuando el más pequeño (que era el hijo) le dijo al más grande:

—Padre, yo me siento muy feliz.

—Sabes hijo, eso no sirve de nada. Tú no vives sino soñando...

El padre siguió diciendo muchas cosas más. Entonces el hijo se enojó y atacó a su padre con sus afiladas garras. No le dio tiempo de recuperarse, y cuando estaba en el piso, vio que seguía vivo, así que atacó de nuevo y le quitó la cabeza y se la comió...

De esta manera, el dinosaurio se convirtió en un caníbal y empezó a deambular por el bosque. No pasó mucho tiempo y un día encontraron el cuerpo del padre al lado de un lago.

Buscaron al hijo hasta que lo hallaron. Estando ante los demás, un triceratops le preguntó en dónde estuvo la noche anterior, a lo cual respondió el joven dinosaurio:

—Yo estuve en el bosque, buscando frutas...

Sin más pruebas, fue dejado libre, pero la verdad es que, al caer la noche, el dinosaurio se fue a dormir y estando allí tuvo un sueño muy realista en el que se comía a todos los demás dinosaurios.

En medio del sueño sintió que debía despertar, y así lo hizo: abrió sus ojos de golpe, se dio cuenta de que ya era de día, así que se levantó, fue al estanque para tomar agua y se dio cuenta de que en el fondo había el esqueleto de otro dinosaurio, además de rastros de sangre sobre la orilla. Él se asustó y se fue de aquel lugar.

Lo cierto es que los días pasaban y cada amanecer los sorprendía con la noticia de que un nuevo dinosaurio había muerto. El castor sospechaba algo al respecto, y al acercarse al joven dinosaurio y preguntarle, este terminó por confesarle que efectivamente lo había hecho porque tenía mucha hambre.

Además, le dijo que si se lo había comido, había sucedido sin pensarlo, pese a que también confesó que se había comido a sus demás compañeros, y no podía controlarse porque aún tenía... ¡Hambre!

Pulghosky



Tomás Felipe Rodríguez Urrea, 10 años
IED Villemar El Carmen, sede C. Crea Villemar
AF: Jairo Enrique Cobos Castañeda

Esta es la historia de Pulghosky, un perro callejero. Un día Pulghosky tuvo una inquietud muy particular: averiguar cuál era su especie.

Este no era un problema grande, sino gigante. Entonces nuestro personaje, con su sombrero de paja y su pelaje blanco con rayas azules, tuvo la genial idea de preguntarle a la gente si podían ayudarle a resolver esa inquietud.

Inició por el cajero del supermercado, el señor Hans. Cuando este lo vio, le dijo:

—¿Qué te trae por aquí, Pulghosky?

—Es que tengo un problema: no sé cuál es mi especie, y te pido el favor de que me ayudes.

Entonces don Hans le propuso que escogiera entre la carne, la fruta o las hojas, cuál de ellas le gustaba más. Pero Pulghosky respondió:

—Ninguna de las tres es mi favorita; por el contrario, todas me gustan.

Don Hans se quedó sorprendido y sin palabras, así que Pulghosky decidió marcharse a la biblioteca para averiguar con don

Harry, el bibliotecario, que era un triceratops y sabía de muchas especies.

Al llegar allí, don Harry, el bibliotecario, le preguntó:

—¿Qué te trae por aquí, Pulghosky? Contesta...

—Tengo una gran duda: no sé cuál es mi especie.

El triceratops Harry dio un gran grito y llamó a la señora Castor, y ella de inmediato le trajo un libro que hablaba de dinos y de carnívoros, herbívoros y omnívoros.

Pulghosky se dio a la tarea de revisar el libro, y junto a Harry y la señora Castor, vieron muchas especies de animales, hasta que encontraron una muy rara y antigua llamada Dinoperro-caballo. Cuando el personaje la vio se sintió identificado, y esto lo puso muy feliz. Así que, al descubrir su origen, Pulghosky agradeció y se fue a casa pensando que había resuelto su inquietud; sin embargo, se quedó pensando que en el futuro su raza podría volar por los genes de dinosaurio que había en su interior, y llegó a soñar en cómo podría ser... Pero esto es parte de una nueva historia.

Una oscura verdad (fragmento)



Felipe Díaz, 12 años
IED Villas del Progreso. Crea Roma
AF: Fernando Hernández

Capítulo 1. Un viaje dentro de dos días

2 3 de mayo del 2000

Hoy programé un viaje a la casa de un asesino llamado Mutrom, el rico más desquiciado del mundo, quien murió y vivió en Neiva, Colombia. Dentro de cuatro días se cumple otro año de su muerte, que ocurrió en 1995. Precisamente, pasado mañana viajaré con mis padres falsos.

Capítulo 2. Una advertencia

24 de mayo del 2000

Definitivamente, soy uno de los más listos de mi familia. Yo mismo programé el vuelo y abrí una cuenta bancaria. Mis falsos padres me dijeron que fuera preparándome. Regresaremos en una semana, pero me advirtieron que no hiciera locuras debido a

que soy muy inquieto y siempre hago cosas raras que suelen dejar pensando a algunas personas.

Capítulo 3. Una terrible decisión

25 de mayo del 2000

Hoy me despedí de mi amigo. Se llama Edrom y tiene quince años, al igual que yo. Me advirtió que es muy peligroso ir a la casa de Mutrom debido a que casi todos no vuelven de ahí, o vuelven traumatados y aterrorizados.

—Recuerda, si vas a esa casa, utiliza una cruz de plata con una punta en forma de navaja, y le echas agua bendita —dijo con preocupación, debido a que no le gustan esas cosas.

—No creo que sea necesario. Solo llevaré mi collar de cristal rojo y azul, y con él estoy más que protegido —le dije, sin ninguna expresión.

—Es mejor que te llesves la espada que siempre cargas en tu espalda —respondió, con una mueca de inseguridad.

Me despedí de él con tranquilidad y me fui a casa.

Capítulo 4. El demonio

26 de mayo de 2000

Estoy oculto de mis padres debido a que están discutiendo lo del divorcio. Aproveché esa oportunidad para visitar la casa Mutrom. Entré a su casa y vi un VHS con unos casetes y otros objetos raros, como joyas, que fui encontrando. Los puse a reproducir y descubrí que no era cualquier psicópata. Se trataba de un alma corrupta y ambiciosa por sí misma, como creada para conquistar toda Colombia, pero lo mataron antes de que se liberara su forma real. Decía en

sus grabaciones lo que había hecho antes de ser condenado por la ley, pero nunca, ni después de muerto, se fue de su casa. Su espíritu, al parecer, es parte de ella. Dice que cuando un alma joven entre a su casa, se liberará de su prisión. Al anoecer él tomará el control de su cuerpo, y su alma será condenada a ser su esclava por toda la eternidad. ¡Escuché una voz tenebrosa y gruesa!

—*Odarebil sah em*—dijo el demonio con sed de sangre.

Corrí con toda mi voluntad. Tenía un miedo terrible. Sentí mis brazos y mis piernas quemándose, y la cabeza me dolía mucho. Tuve que esconderme en un rincón y esperar para poder salir en la mañana, cuando el sol alumbrara con esplendor, ya que él no puede salir de día. Sin embargo, siempre que no haya sol, él podrá buscarme por toda mi miserable vida.

Epifaine (fragmento)

Lindsay Shevchenka Siabato Cortés, 16 años

Impulso Colectivo. Crea Lucero Bajo

AF: Jessica Fuentes



Papá y mamá volvieron a discutir. La noche se hizo más oscura de lo que ya estaba. Tus lágrimas empapaban aquel libro de mitología que sostenías entre tus temblorosos brazos. Cerraste los ojos, con fuerza, deseando que todo terminara, que tu vida fuera diferente, así como las increíbles historias leídas.

Era curioso cómo algo tan sencillo podía hacerte inmensamente feliz, cómo una simple lectura te cautivaba con locura, la sonrisa en tu rostro cuando pasabas cada página; y tus gestos, esos curiosos gestos que hacían presencia cuando la escena cambiaba drásticamente. Todo en ti era magia, pureza, humanidad e inocencia; sin embargo, solo existía tal placer en tu mente: todo era un invento de tu inconsciente para evitar que recordaras tu oscuro y vil presente.

Ya no existían lágrimas, los gritos a tu alrededor cesaron. De inmediato, cuando regresaste de tus más profundos pensamientos, la llovizna comenzó a golpear con fuerza las ventanas de tu cuarto y el silencio se enlazó con el frío gélido que rodeaba tu cuerpo. Tus piernas aún temblaban del miedo, y tu libro yacía, sin piedad alguna, en el suelo, abierto en las primeras páginas, en el inicio de la historia.

Con curiosidad alargaste tu brazo para recogerlo. Sin despertar tu mirada de la imagen te hiciste ovillo en el rincón oscuro del cuarto. Tu entrecejo se arrugó con confusión. Jamás te habías detenido en esa historia... Más bien, jamás la habías visto. ¿Era real? ¿Era un invento de tu cabeza? O quizás solo estabas demasiado cansada para darte cuenta. Un suspiro salió de tus labios. Sentías el ambiente extraño, y el clima no lo favorecía del todo: sentías el lugar más amplio y el silencio aún más ajeno.

El reloj marcó las 3 a. m. El bolígrafo rodó a tu lado con avidez. Lo observaste sin hablar. ¿Qué podrías decir? A pesar de tener dieciséis años, tus labios no pronunciaban nada. La única forma que tenías de expresarte era escribiendo, plasmando en letras todo aquello que habías guardado en tu corazón durante años... Tú no lo sabías, pero el bolígrafo estaba ahí por algo: él quería que lo tomaras y escribieras tu propia historia, que contaras lo que has callado y vivieras lo que has anhelado.

El reloj dejó de marcar. El tiempo se pausó, y no te diste cuenta de ello. ¡Estabas tan ensimismada desplazando con suavidad el lapicero entre tus dedos, trazando con quietud cada palabra, formando poco a poco una historia que cambiaría por completo tu vida!

Un rato después el sol cubrió tu rostro. Abriste los ojos con lentitud, creyendo que se te había ido el tiempo escribiendo. Caíste dormida, profunda, en el suelo frío. Pero fue tal la sorpresa al darte cuenta de que no estabas en casa, que la histeria se hizo presente cuando no encontraste tu libro por ningún lado.

Pánico, ansiedad y paranoia: tres simples palabras que pueden desencadenar un desastre inevitable, el inicio de una búsqueda sin límites por huir de lo desconocido. La brisa suave de la mañana envolvió tu ser, tu pequeño y asustado ser frente al espejo; sobre todo porque no eras la misma, porque tu largo y sedoso pelo negro ahora era corto y platinado, lleno de hebras luminosas de distintos colores. Y tus pequeños ojos marrones ya no eran los mismos: ahora unos grandes y hermosos ojos azules, como el agua cristalina,

adornaban tu fino y blanco rostro, aquel que hace unas horas era moreno y redondo. Pero eso no era lo más extraordinario de todo. Al parecer, tu aspecto físico no era como el de un humano: parecías un extraño y mitológico animal desconocido, uno muy bello, pero peligroso. No sabías cómo definirlo. Era simplemente mágico, puro e inocente. No había miedo de por medio. Todas las emociones negativas se esfumaron cuando le sonreíste por primera vez a tu reflejo, como si amaras lo que veías, como si tu felicidad fuera eterna.

La Mona Lisa



Joan Sebastián Borja Arrieta, 10 años
IED General Gustavo Rojas Pinilla. Crea Castilla
AF: Estefanía Valderrama

Un día, un pintor de China quiso hacer la Mona Lisa, y tenía que comprar unos materiales para hacerla. Como no tenía dinero, tenía muchas deudas y no sabía cómo pagarlas, entonces se puso a vender y vender dulces y frutas. Con eso ganó mucho dinero, pudo pagar las deudas, compró pinturas, muchos pinceles y una cosa para guiarse. Le tomó día y noche hasta que solo le faltó la cara y luego lo terminó.

La familia Segura Corregidor



Julia Efigenia González Bejarano, 62 años
ic Los Abuelos Literarios. Crea Lucero Bajo.
AF: Paula Andrea Romero

Alumbraba el sol tras las verdes montañas, el cielo azul, un bello día de cierto mes, de un remoto año.

Alumbró Prudencia Corregidor a una bella criatura en la vereda de La Luz, un pequeño rincón de la ciudad de Las Sombras. Para ella era hermosa, y la observaba con asombro, un poco impresionada.

“¿Cómo la vestiré? —se preguntó Prudencia—. Tengo un ajuar verde que exalta su belleza, uno amarillo que invita a la calma, este rosa que aumenta su dulzura. O ¿será este blanco que resalta su pureza?”.

Su padre, el señor Recato Segura, miró a tan hermosa criatura, conmovido y tembloroso, y bajó la cabeza diciendo:

—No soy digno de ella.

Aun así, la levantó en sus brazos dando gracias al cielo, con una sonrisa poco marcada en su rostro pálido y algo delgado.

Alguien más entró sin permiso y dijo:

—Yo seré su madrina y la protegeré de todo aquel que quiera dañarla. Por algo me llamo Astucia. Soy elegante y poderosa. —Y sin titubear continuó diciendo—: su padrino puede ser el señor Servicio, que siempre está dispuesto, o don Honor, que bien la representaría.

—Un momento —gritó otra dama que entró sin tocar el piso, porque flotaba. Llegó vestida de nácar—. Yo soy Libertad, la más opcionada, e invito al señor Misterio a que la apadrinemos.

La casa iba llenándose de los habitantes de La Luz y Las Sombras. Entonces entró la señora Envidia, cautelosa y dramática, vestida de gris perlado, moviendo su robusto cuerpo de forma sensual, y expresó:

—Yo soy la escogida. Junto con don Soberbio hacemos buena pareja. La vestiremos con el más costoso ajuar que nunca alguien haya tenido.

Estando en esta discusión llegó Tolerancia, con paso lento y voz pausada:

—Solo ellos deciden. Podría ser yo con el señor Respeto —y hubo un breve silencio interrumpido por el señor Engaño, quien habló muy alto:

—Todos somos dignos de apadrinarla, pronto me casaré con la bella Arrogancia, y serán ustedes los más afortunados de tenernos en su familia —y mirando de reojo a una dama vestida de amarillo, le preguntó—: ¿no es cierto, señora Confianza?

—Creo que tiene razón, esperemos a que llegue el señor Perdón. Él es muy importante en la vereda La Luz —respondió la señora Confianza.

—Es muy acertado —replicó doña Franqueza—. Solo falta que algunos allegados den su opinión. El señor Esfuerzo y yo iríamos en medio para que todo salga bien.

La caminata es larga hasta la capilla de las sombras, que se llama Equidad. Estando en este dilema, llamó a la puerta la señora Sabiduría y, reuniéndose con Prudencia y Recato, les hizo una observación diciendo:

—Ella no será apadrinada ni será llevada a la iglesia: el clérigo se desmayaría al verla, los curas despavoridos huirían, los grandes diputados la ahogarían, los presidentes no la aceptarían, al llevarla a otros hogares, estos fracasarían, y muchos desfallecerían; porque a ella pocos la aceptan y todos la nombran con desfachatez infinita. Ella solo puede estar donde se la crea valiosa, pues su presencia es difícil y devastadora. Cuídenla en casa de La Luz. Ahí es su hogar. Ella irá donde se la llame, y que ni la vea la señora Mentira, porque muerta quedaría, y don Engaño se perdería.

Reinó el silencio, después del cual preguntó doña Curiosidad:

—¿Cómo se llamará? ¿Y por qué tanto alboroto?

Ya reunidas Sabiduría, Prudencia y el señor Recato, contestaron con voz firme y pausada:

—Ella se llama Verdad.

Unos palidieron y callaron, y otros se fueron sigilosos y sin aliento.

El mago que convierte a todos en ranas



Laura Sofía Cortés Espinel, 9 años
IED Gustavo Rojas Pinilla. Crea Castilla.
AF: Estefanía Valderrama

Un mago era malo haciendo magia, porque convertía a todos en ranas. Después de eso, el mago malo no volvió a hacer magia. Ahora, el mago malo, o mejor, el niño de la biblioteca, cuando termina su turno, se va a su casa totalmente cansado.

Lorenzo el Guacamayo



Laura Alejandra León Ladino, 17 años
Impulso Colectivo. Crea Lucero Bajo
AF: Jessica Fuentes

Se despertó así, tan dormido que sus ojos apenas recordaban cómo abrirse. Su mente no llegaba aún a su nueva realidad. Era raro para él lo que veía, o bueno, entender lo que veían sus nuevos ojos. Aun así, no caía en la cuenta de que no era el mismo cuerpo de anoche cuando se acostó. Poco a poco fue dejando que la luz del sol iluminara esa bella selva en la que ahora se encontraba. Giró su pequeña cabecita, encontrando junto a él un ave hermosa, y debajo de esa ave, un cascarón. No entendía nada, pero creyendo en la reencarnación, no quiso darse explicación a su reciente cambio.

La hermosa ave que se encontraba a su lado hizo un pequeño movimiento. Parecía como si por fin reaccionara e intentara moverse él también. Con solo dos pasos, o bueno, un intento de estos, cayó de ese pequeño tumulto de paja. No fue una caída alta, pero sí dolorosa. El miedo era más grande que su cuerpo. Incluso superaba el inmenso río que corría cerca. Comenzó a escuchar unos pasos. Quería creer que podría pedir ayuda, pero ya ni él sabía qué creer. Sus

pasos eran torpes y su intento de volar no era más que un revoloteo de sus alas sin fuerza.

No fue difícil que lo capturaran. Un humano lo metió en una jaula, como si nada, como si no pesara. Tuvo que resignarse sin saber qué podría suceder.

Con el paso de las horas se encontró en un zoológico, cerca de una gran ciudad. A pesar de esto, estaba contento: vivía bien en su jaula de dos metros, sus semillas diarias y su agua limpia; además, un tanto celoso con sus cosas, no dejaba que ningún otro animal viviera con él. Sin embargo, un día lo obligaron a compartir su jaula con Constantino, un viejo cóndor.

Lorenzo, como le habían puesto los niños, asustado por el cóndor, y creyendo que este se robaría toda su atención, decidió que mientras Constantino estuviera dormido, él aprendería a volar como su viejo compañero. Así sus bellos colores, combinados con su técnica de vuelo, no serían superados por nada.

Así pues, Lorenzo logró aprender a volar como cóndor. Presentaba unos hermosos y coloridos shows volando por toda la jaula, dominando todo el espacio y opacando por completo a Constantino. Sin embargo, esto no duró mucho tiempo; un día Constantino decidió asustarlo y emprendió el vuelo por ese pequeño espacio, que para Lorenzo era tan grande. En un arrebato de Lorenzo por querer sobresalir, atravesó la reja, dejando a todos sorprendidos. Sin saber cómo podía volver a entrar, intentó que lo recibieran en otras jaulas, pero nadie estaba dispuesto a dejarlo entrar.

Lorenzo tenía que buscar otro zoológico, pero en todos, o ya había un guacamayo o simplemente no querían recibirlo. Por esto siguió volando hasta volver a la selva tropical en la que nació, y recordó que, cuando era humano, él quería conocer el mundo, y gracias a su experiencia con Constantino, ahora estaba lográndolo.

Travesía por la llanura (fragmento)



José Rodrigo Hoyos Hoyos, 79 años
Colectivo Los Abuelos Literarios.
Crea Lucero Bajo
AF: Paula Andrea Romero Sánchez

La noche estaba muy bella, y el aire, muy sonoro, e igual que la dalia de oro, semejaba cada estrella. El viejo Ricardo era un hombre montaraz de por lo menos noventa y cuatro años, que se jactaba de ser pintor. Se pasaba los días, las semanas y los meses frente a un caballete con un lienzo estirado sobre un retablo que no se sabía a ciencia cierta si era de yarumo, de balsa, de pino, de cedro o de qué demonios. El viejo se jactaba diciendo que era una madera importada del Líbano, o de los médanos del delta del río Nilo.

En la repisa del caballete se hallaban brochones y pinceles en desorden, desde el más grande hasta un pincel de un solo pelo, y envases de vinilos y acuarelas que él aseguraba que no eran nacionales, sino importados.

Este viejo casi centenario se daba ínfulas de joven. Aseguraba que podía saltar la baranda del corredor hecha con barrotes de macana traída de los plantíos de San Andrés de Tumaco y, tal vez

por esa razón, algún negro músico se habría quedado sin madera para hacer las tabletas de su marimba, para acompañar a las negras que cantaban los alabaos en el litoral Pacífico colombiano. Cuando estaba a punto de saltar, apareció su esposa, una mujer unos cuatro o cinco años menor que él, y le dijo:

—¡Hombre de Dios!, otra vez tratando de hacer pendejadas. Mejor venga y me colabora desgranando un poco de maíz, que esas gallinas están que cantan de hambre y usted sabe que, si no se alimentan, dejan de poner. Usted sabe lo importantes que son los huevos para prepararlos con arroz en el desayuno.

No había acabado de decir esto cuando apareció Rudecindo, un muchacho alegre y bonachón que les colaboraba en las tareas propias del ordeño. Y detrás de él venía un hombre al que, a pesar de los años, se le notaba una vitalidad que era envidia de muchos jóvenes. Era don Rodrigo, un compañero de escuela de Ricardo, y también de zancos, pelota y cauchera. Se saludaron con gran entusiasmo y alegría por encontrarse después de tantos años. Se dirigieron al corredor, donde el viejo Ricardo tiene un estudio improvisado para seguir adelante con su obra de arte, que él consideraba digna de competir con *La última cena* o con la *Mona Lisa*. Estaban en una charla amena cuando, de manera súbita y, por supuesto, sin anunciarse, apareció Rudecindo con un tablero de ajedrez ya armado y listo para jugar. Con el desparpajo propio de los campesinos, gritó sorprendiendo a los dos amigos que tenían un diálogo ameno:

—¿Quién juega con blancas?

Como ninguno de los dos viejos respondió, cogió un peón en cada mano, llevándoselas a la espalda fingió que barajaba los peones y acto seguido presentó las manos con los puños hacia abajo. Don Rodrigo dio un golpecito con los dedos en el dorso de la mano derecha. El muchacho volteó la mano, la abrió y apareció el peón blanco.

Jugaron con la pasión y el esmero de dos amigos que hace años no se ven, hasta que apareció doña Clotilde, que así se llamaba la esposa del viejo Ricardo y, dándoles un manotón a las piezas, les dijo:

—¿Ustedes no se dan cuenta de que ya está bien entrada la madrugada?

Los tres estallaron en risas que casi despiertan al vecindario.

9 de mayo de 2019

(fragmento)



Sara Valentina Corzo Chaparro, 15 años
Colegio Rafael Bernal Jiménez.
Crea Doce de Octubre
AF: Guillermo Armando Peña Quimbay

Amaba a mi familia, en especial a mis hijos: ellos eran mi luz, mi todo. Sus nombres eran Daniel (el mayor) y Santiago (el menor). Vivíamos en el campo junto con mi esposo Julio y mi suegra Antonia. Por desgracia, aquel lugar no era muy seguro, ya que corría el rumor de que cada mes desaparecía un niño. Sin embargo, en mayo todavía no había pasado nada extraordinario.

Por el miedo, y como medida de protección de mis hijos, ellos solo podían salir a la escuela. Entraban a las 6 a. m. y salían a las 3 p. m., pero hacían diez minutos de recorrido, por lo que salían de casa a las 5:50 a. m. y llegaban a las 3:10 p. m. Yo solía acompañarlos en las mañanas, y en las tardes, ellos se devolvían solos. Sabía que ellos necesitaban un descanso de mí.

El jueves 9 de mayo, a las 3:30 p. m. exactamente, solo llegó Daniel. Antes de su llegada yo ya estaba asustándome, y el susto aumentó cuando solo vi a Daniel en la puerta. En su rostro pude notar algo de preocupación y sorpresa.

—¿Dónde está Santiago? —pregunté.

—Debe venir en camino —respondió Daniel algo nervioso.

—No me mientas, Daniel: ¡¿dónde está Santiago?!

—¡No sé, mamá! Se supone que él debía haber llegado. Lo mandé delante porque tenía que arreglar unas cosas con mis amigos.

Nunca había sentido tanto miedo como en esos momentos. No sabía qué le podía haber pasado a mi hijo. Tenía la esperanza de que Santiago cruzara aquella puerta, pero después de pasar horas esperando, nadie entró.

Daniel cada vez estaba más angustiado, y yo apenas si podía aguantar las ganas de llorar. Llegadas las 8 p. m. llegaron mi esposo del trabajo y mi suegra de una reunión de amigas. El ambiente era algo tenso y había un aura de tristeza y extrañeza. Esto pude notarlo gracias a Julio, quien, al sentir el ambiente, preguntó qué estaba pasando. No pude contenerme más y me derrumbé. Comencé a llorar, y Daniel también me siguió en el llanto.

—¿Dónde está Santiago? —preguntó Julio.

—No sé —respondí en un débil y temeroso susurro.

Julio palideció. Él temía lo mismo que yo: no volver a verlo.

Me quedé toda la noche despierta en compañía de Julio y Antonia. Solo quería ver a Santiago. La desesperación estaba consumiéndome. Nadie llegó. Daniel no pudo dormir esa noche por la preocupación. Yo sabía que él se sentía culpable de todo lo que estaba pasando.

Ya eran las 6 a. m. de la mañana siguiente y no teníamos ninguna información de él.

Consumida por el miedo y la desesperación, salí de la casa y comencé a gritar: “Santiago, hijo mío, ¿dónde estás?”, repitiendo lo mismo una y otra vez, hasta que sentí los brazos de Julio alrededor de mi cuerpo en un intento de calmarme.

A las 8 a. m. decidí ir a buscar a Santiago en compañía de Julio y Daniel, más algunos vecinos a los cuales les había comentado mi situación. Antonia se quedó en casa, por si algo pasaba.

Buscamos en las casas, en la plaza, en la iglesia y nada. No había ningún rastro de él. Pasamos por la estación de policía en busca de ayuda, pero no le dieron mucha importancia al caso. Solo prometieron salir a buscarlo con nosotros, ya que, según ellos, era lo único que podían hacer.

 Mi desesperación aumentaba. Sentía que solo estábamos dando vueltas y vueltas en círculos estúpidos. Necesitaba volver a ver aquellos ojos que me llenaban de paz.

Sin título

(fragmento)



Diego Alejandro González Vergara, 14 años

IED La Toscana-Lisboa. Crea Castilla

AF: Laura Alejandra Flórez Millán

Había una vez un joven antioqueño llamado Santiago. Él era una persona a la que no se le daba bien estar en el pupitre, aunque era bastante bueno para las labores del campesinado, lo que realmente le apasionaba. Santiago siempre había sido una persona de buen corazón, apreciaba a su familia y amigos, era una buena persona. Lo apodaban Cara Cruz, por una cicatriz en la mejilla que tenía desde niño.

Por otro lado, había una chica llamada María. Ella vivía en una pequeña pero muy unida comunidad de Antioquia, cerca de la frontera con el Chocó. A pesar de conocer sus carencias, María nunca perdía el optimismo: todo el tiempo era alegre y se esforzaba por ver el lado positivo de todo; nunca se rendía. Ella siempre se destacaba en lo que intentara hacer y le encantaba la lectura. Si María hubiese tenido más oportunidades, habría podido cambiar un poco el mundo.

Un día, Santiago estaba ayudando a su papá en los cultivos, cuando vio que por la arboleda cercana a su casa parecía haber unos hombres vestidos de militares. Él le contó a su papá, y este

puso cara de temor y angustia. Rápidamente tomó a su hijo y a su esposa, y con prisa, trató de llegar hasta la camioneta que usaban para ir al pueblo. No lo logró...

La voz de un hombre le dijo “¡Alto!”, y le ordenó que se pusiera de rodillas junto con su esposa e hijo. Pronto el miedo se volvió lágrimas, mientras el padre pedía que por favor no le hicieran nada, que él solo era un campesino. El hombre ignoró sus palabras y mandó que dos de sus hombres se los llevaran adentro del bosque. En el camino, por accidente, uno de los hombres le dio con su machete en la cara a Santiago, dejándole una herida que nunca sanaría por completo.

Santiago fue separado de sus padres, y desde ese momento cambió, pues le lavaron el cerebro con una de tantas ideologías, y lo entrenaron como a un soldado. Santiago nunca volvió a ver a su familia...

En el presente, María, una chica de bien, se encontraba acompañando a su madre en los oficios del hogar. Mientras escuchaba en la radio las atrocidades que se cometían en su natal Antioquia, le pregunta a su madre, Marta:

—¿Por qué la gente hace eso? ¿Qué ganan?

—No estoy muy segura. Lo único que sé es que es mejor evitarlos. Solo escucha la radio: esos están locos y el gobierno no parece hacer algo.

—Eso es triste, pero al menos nosotros estamos bien —dice María.

—¿Sabes cómo estaríamos mejor?, si, por favor, trajeras la ropa, que ya debe estar seca.

María responde con un suspiro y se pone a hacer el mandado de su madre, mientras piensa en la razón por la que existen esas personas que tanto daño hacen. En ese momento escucha un ruido fuerte, va y mira por la ventana que unos hombres con pañuelos en la cabeza y uniforme militar están entrando en las casas y sacando

a la gente para llevarla a la plaza central, donde está la iglesia. Un hombre irrumpe en la casa y grita:

—¡Todos los hombres vayan a la plaza, y las mujeres, síganme!

María, sin entender lo que pasa, y al ver que el hombre tiene un fusil, sigue sus instrucciones. Su madre y ella son llevadas adentro de la iglesia, sin saber qué pasará con su padre y hermano.

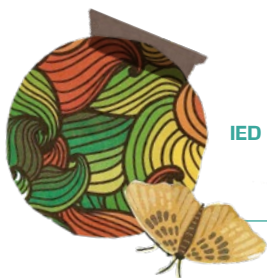
—No te preocupes, María: estamos en una iglesia con nuestro salvador Jesucristo. Nada malo nos pasará ni a ti, ni a mí ni a nadie.

—¿Esos son los hombres que decía la radio?

—Solo no te preocupes, todo está bien...

Y antes de que su madre pueda terminar su oración, se escucha un sonido muy fuerte y luego los gritos de una multitud.

El payaso solitario



Luiffer Nehemías Alcina Torrealba, 10 años
IED General Gustavo Rojas Pinilla. Crea La Campiña
AF: Estefanía Valderrama Sánchez

Una vez había un payaso que buscaba trabajo, y un día, de repente, encontró un circo y fue para allá, pero le dijeron que no, porque no sabía hacer trucos. Él, muy triste, se fue y practicó muchos malabares, aprendió a montar en monociclo y a hacer reír a los niños. Un día, el payaso salió a trabajar en las calles y pasaron los dueños del circo, vieron que lo hacía muy bien, y lo contrataron. La vida del payaso se volvió muy feliz: hizo a muchos niños felices haciendo malabares en monociclo, los hizo reír mucho. Los dueños se pusieron muy felices porque el payaso hizo al circo más rico y tenían mucho dinero.

Asesinato en la zona 32



Yalime Anyuled Quiroga, 33 años
Impulso Colectivo. Crea Las Delicias
AF: Mario Murcia



Por qué cuando más prisa llevo, todos tienen que atravesarse en mi camino? Es imposible pedalear más rápido si no se hacen a un lado... Si tan solo comprendieran las normas de transitar manteniendo la derecha... Además, tengo que aguantarme esas horribles palabras grabadas en mi mente del imbécil que acaba de gritarme por chocar su bicicleta cuando traté de esquivar un cochecito, que empujaba una distraída madre que susurraba tonterías al chiquillo y que, sin darse cuenta, se detuvo frente a mí, obligándome a maniobrar torpemente.

Aun así, no puedo bajar la velocidad. ¿Cuántos minutos habrán pasado desde que tuve que huir de aquel lugar? Deben de ser muchos, porque ya casi no soporto el dolor y el agotamiento en mis piernas de tanto pedalear.

Lo más seguro es que el peligro haya pasado. Tras de mí solo veo a varios ciclistas que conducen en diferentes direcciones y lo hacen a gran velocidad; solo huyen del torrencial aguacero que cae

sobre nosotros. Quizá no se han percatado de que por más rápido que pedaleen, igual se van a mojar.

¿Y ese sonido? Es el de un silbato. ¿Acaso es conmigo? ¡No puede ser: es un agente de policía que me sigue! Necesito calmarme, tengo que hacerlo para pensar con claridad. La lluvia en los últimos minutos ha cesado de un momento a otro, dando paso a una tarde soleada de no creer. ¿Cómo es posible que en tan solo segundos el clima cambie así?

El policía cada vez se acerca más, llamando mi atención con su detestable silbato. Con mucho cuidado sacaré de mi abrigo los audífonos, que ni siquiera sé por qué los cargo, si bien sé que el sonido al otro lado se oye como una locomotora.

—Señorita, deténgase por favor —me ordena el policía acercando su bicicleta a la mía.

—Disculpe, agente, ¿me habla a mí? —tengo que fingir y actuar como tonta.

—Por supuesto, señorita, llevo varias cuadras siguiéndola. ¡Vaya manera de dar pedal la suya!

Debo sonreír, supongo.

—Qué pena, agente, es la música, más el sonido de la lluvia que no me permitían escuchar. No debería subir tanto el volumen, lo sé, pero no logro resistirme ante la adrenalina al escuchar a Mauro Picotto y su canción *Komodo* —espero que mi eufórica respuesta le resulte convincente.

—¿Hice algo indebido?, ¿un semáforo en rojo que ignoré sin darme cuenta?

—Nada de eso, señorita, es su brazalete de información personal: al checarlo me di cuenta de que porta sus documentos en él. Lo vi caer de su brazo cuando pasó frente a mí, evitando el cambio de semáforo. Lo levanté rápidamente para entregárselo, aunque debo confesar que por un momento creí que jamás iba a alcanzarla.

Lo dice liberando una hermosa sonrisa y un brillo especial se dibuja en su mirada.

—¡Por Dios, mis documentos! No quiero ni imaginarme las largas filas para tramitarlos —sonríó y tiendo mi mano para recibirlos.

Mis piernas tiemblan, yo tiemblo, y aparece la fastidiosa voz de mi subconsciente diciendo: “Te lo advertí”.

En cuanto estiro mis dedos hacia el brazalete, el agente lo hala; mi expresión de confusión se encuentra con su mirada, su sonrisa desaparece y el brillo de sus ojos me resulta intimidante. ¿Será posible que se haya enterado de lo ocurrido? El agente mantiene un silencio infernal. Si tan solo pronunciara una palabra... ¡Cómo quisiera pensar que he regresado al pasado y con mis dieciocho años y mi rostro joven y perfecto he llamado su atención dejándole inmóvil!... Pero no, la realidad es otra.

—¿Sucede algo, agente? —Hablo con tono fuerte, y muestro un pequeño acento de altanería.

—Disculpe, me distraje un momento, pero... ¿qué es eso, señorita? Ahí, en su manopla derecha, ¿acaso es sangre?

—Oh, no —contesto tratando de liberar una sonrisa lo menos forzada posible—, ¿o sí? —maldita sea, ¿cómo dije eso?

—¿Sí o no? —me pregunta en tono fuerte.

—Bueno, eh... Gómez, ¿verdad? ¿Ese es su apellido?

—Eso indica la placa de identificación sobre mi uniforme, señorita —me contesta con expresión de molestia.

Pero qué idiotez la mía.

—Sí, claro, agente Gómez, sí es sangre. ¿Cómo es que no la había notado? Como puede ver, soy un poco loca para conducir y por adelantar a un ciclista, más el piso mojado, he resbalado, rozando el áspero suelo con mis manos.

¡Diablos!, el tiempo transcurre y no pronuncia palabra alguna. ¿Acaso no me cree? ¿Será que sospecha algo? ¿Cómo entender su mirada si no la aparta de la mía? Parece que sabe algo y no me lo quiere decir. ¿Y si son mis nervios los que me hacen pensar así? ¿Qué hago? Aunque ha dejado de llover, algunas gotas recorren

mi espalda, y sé bien que no se debe a mi ropa mojada: es el sudor que en medio de la angustia se propaga.

El agente se me acerca a escasos centímetros. ¡Mierda!, por los nervios se me ha deslizado la bicicleta. Ahora él la tiene en sus manos. ¿Cómo es que no recuerdo el momento en el que descendí de ella?

—¿Segura de que todo está bien, señorita? No entiendo por qué soltó su bicicleta.

—Ni yo lo comprendo —respondo—. Debe ser por el frío. Sí, eso es. Y aparte, me hallo ansiosa. Debo darme prisa: si no logro llegar a tiempo, mi jefe se puede enfadar.

—Entiendo. Por favor, conduzca con mayor precaución y recuerde que soy el agente Gómez de la zona 32. Estaré ahí para servirle.

Extiende su mano totalmente mojada hacia mí. Sonrío de la manera más natural posible, me subo a mi bicicleta. Conduciré tranquila para no llamar más su atención.

Regreso a casa. Han pasado más de seis horas, ya que mi jefe insistió en celebrar el resultado de mi trabajo. Encuentro a mi madre conmovida.

—¿Qué sucede, madre? —pregunto.

Ella se mantiene en su mecedora con un pañuelo sobre su boca. Entonces me percató de que se encuentra viendo las noticias. Pongo mi mano sobre su hombro y observo junto a ella la pantalla del televisor: un agente de policía se ve muy afectado transmitiendo en vivo.

—Mi hermano tan solo tenía veintidós años. Me sentía orgullosa de trabajar a su lado en la misma zona. Juro que no descansaré hasta dar con el paradero de los responsables.

Un momento, ¿acaso no es ese el policía con quien esta tarde conversé por unos minutos?

De su libreta saca una foto con el rostro de su hermano, enseñándola a la cámara.

Siento cómo mi respiración se corta por unos segundos al reconocer el rostro del patrullero asesinado. Es él a quien, sin ningún remordimiento, enterré el cuchillo en el pecho.

Dicen que matar es difícil, pero no, no lo es. Es más, disfruté sentir su sangre caliente rodar por mis manos cuando sobre el suelo abandonaba su cuerpo tembloroso. Fue algo emocionante: su rostro confundido y agonizante bajo mi mirada intensa y radiante que se sumergía en placer.

Pájaros en la boca



Antonella Valentina Campos Linares, 8 años

IED Venecia. Crea Tunal

AF: Nicolás Medina Lozano

Había una vez cinco pájaros que vivían dentro de la boca de un aguacate gigante que estaba vivo por un experimento llamado “el experimento potáseo”, que hizo un científico malvado.

El color del experimento era como fosforescente con verde marino. Nadie sabe cómo se llama el científico. Los pájaros están bien porque se tienen el uno al otro. El aguacate es un poco amigable cuando está tranquilo, y él siempre trata de sacar a los pájaros porque se los comió sin culpa. Eso pasó cuando el aguacate estaba corriendo con la boca abierta. El aguacate intentó sacarlos día tras día, hasta que un domingo lo logró. En realidad, era fácil sacar a los pájaros: solo era quitarle la semilla al aguacate. Los pájaros le preguntaron por qué se los comió, y el aguacate respondió que fue sin culpa, que estaba corriendo con la boca abierta. Los pájaros se dieron cuenta de que la semilla del aguacate podía sacarse y meterse.

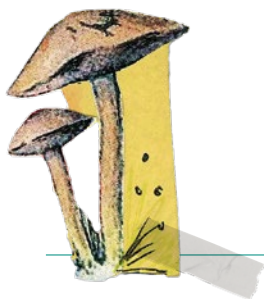
El aguacate se volvió bueno para siempre. Al científico, quién sabe qué le habrá pasado. Tal vez unos piensen que se perdió o que lo encontraron haciendo experimentos malos para el medio ambiente.

El aguacate se fue del laboratorio del científico malvado. El aguacate se construyó una cabaña, y los pájaros se fueron volando para Vaupés o Mitú. El aguacate y los pájaros tal vez un día volverán a encontrarse. También al aguacate se le había olvidado que a alguien más le había pasado eso mismo, a su hermano, pero en vez de pájaros fueron cien kiwis (pero no el animal, sino la fruta). Los cien kiwis casi lo matan, porque se atragantó.

Todos vivieron felices para siempre, menos el científico, porque alguien se dio cuenta de que lo habían metido preso.

The end
(El fin)

Transbordo



Jonathan Caviedes, 41 años
Colectivo Nostalgias del Futuro.
Crea Gustavo Restrepo
AF: Alejandra Ramírez Avellaneda

Se desplegó el sobre holográfico desde su pulsera inteligente con un timbre. El asunto indicaba “Respuesta a la solicitud #208156”. Apareció una gran sonrisa en su cara mientras escuchaba el comunicado de una voz ronca y seria, para luego borrarse en un instante con las palabras “Deberá permanecer en cuarentena mientras realizamos algunas pruebas”.

Violet se presentó en la estación espacial Watkins (nombrada así por una de las mujeres pioneras en la carrera espacial feminista) en ayunas y con la maleta, convencida de que se iría a Kepler 1649c. Al llegar a la zona de la tripulación vigilada, divisó el consultorio y aguardó el llamado. El movimiento era fluido: féminas entrando y saliendo, no había diferencias evidentes entre doctoras, enfermeras e integrantes de la milicia. Luego de un instante empezó a diferenciar los roles, y por los saludos, entendió las jerarquías y los procedimientos. La tranquilizó pensar que no era un caso especial, que solo era un procedimiento de rutina. Una enfermera se acercó y la abrumó con varias preguntas al tiempo:

—¿Padece alguna enfermedad?

- No —respondió sin dudar.
- ¿Ha sido operada alguna vez?
- Implantes de mamas y apendicitis.
- ¿Recibe algún tratamiento actualmente?
- Terapia hormonal.

La enfermera le entregó una muda rosa de tela quirúrgica y aclaró que no debía dejarse nada de lo que traía puesto, ni la ropa interior.

Se ruborizó de inmediato: sabía que quedaría expuesta. Se cambió lentamente, mirando su reflejo en el espejo del baño, observando la figura que tantos sentimientos encontrados le producía. Como en todos los consultorios, el frío se colaba desde el suelo, subía por los pies y recorría todo el cuerpo hasta llegar a la cabeza.

Le tomaron el pulso, la pesaron y midieron y, aun así, le hicieron preguntas para corroborar todo:

- ¿Peso?
- Estaba en 80 kg.
- ¿Altura?
- Uno setenta y siete.

La voz amable de la enfermera le indicó que podía acostarse en un sillón a aguardar a la médica asignada. Luego de varios minutos, al verla tiritar de frío, otra enfermera le ofreció una frazada y un banquito para apoyar los pies, que ella aceptó. Después de pasar por exámenes físicos y de sangre, la enviaron a vestirse nuevamente. La alojaron en su camarote y le suministraron la única comida que recibió en el día, una comida abundante pero insípida y fría.

A la hora de dormir, acostada, la invadieron inseguridades. Le picaba la piel sin causa aparente, cabeceaba contra una almohada muy alta, que cambió continuamente de lugar, pasó mala noche remordiéndose la cabeza con escenarios absurdos que siempre la dejaban mal librada. Volvió a revisar los mensajes de su pulsera y descubrió enlaces a videos donde se explicaba cómo en Kepler 1649c, desde el 2080, empezaron a tomar en cuenta las disidencias

sexuales. Lo que en sus inicios fue una estricta ginecocracia, dio paso a intersexuales y gays, dejando relegado por último a trans, cuyo camino no empezó hasta el 2090.

Pronto llegó el día número dos. Violet despertó con buena actitud, ignorando los acontecimientos del día anterior. Recibió en su pulsera la agenda del día, desayunó y deambuló por las zonas comunes. Según el itinerario correspondía la entrevista con la psicóloga Betzabé Beltrán, a las 16 horas en la zona B, consultorio 9-5. La recibió una señora de unos cuarenta y tantos años, de cabello claro y recogido, impecable, de rasgos bruscos, seria, con una bata de médico que dejaba ver su uniforme camuflado. La saludó fríamente y le indicó que se sentara. Violet obedeció y quedó con la intención de saludar con un apretón de manos, que fue cortado por la orden.

La doctora Beltrán le informó que se encontraba a 38 días de llegar a su nuevo hogar, como si quisiera suavizar la atmósfera. Se presentó como psicóloga clínica y le dijo que haría algunas preguntas.

—¿Desde hace cuánto está en terapia hormonal?

—Desde los veintidós años.

—¿A qué se dedica usted en la Tierra?

Violet se sintió acorralada. Justo cuando empezó a relajarse, la psicóloga le disparó preguntas a quemarropa. Sudaba frío y con cada cuestionamiento se aferraba más al asiento.

—A la prostitución.

Tras esta respuesta, la psicóloga le comentó que una vez en Kepler podría dedicarse a lo que ella deseara, y con un tono más compasivo averiguó sobre sus intereses y *hobbies*.

Violet nunca se había detenido a pensar en lo que le gustaba realmente o para qué era buena: siempre había atendido a sus necesidades más básicas y a lo inmediato. Aun así, la respuesta de la doctora la alivió.

—¿Nivel de escolaridad?

—Bachillerato.

—¿Con qué género se identifica?

—Femenino.

—¿Piensa hacerse la operación de reasignación de sexo?

—No.

La doctora Beltrán terminó la entrevista y la envió a su camarote. Se sentía débil y sin fuerza, y esa noche se obligó a dormir con relajantes. La droga no le permitió volver hasta la tarde del día siguiente.

Al despertar, se quedó meditando largo rato en su cama. Después de ir al lavabo, su mirada quedó clavada en la panorámica de su camarote, observó el espacio infinito y oscuro en calma. A lo lejos se podía divisar Kepler 1649c entre la basura espacial. Deseó ser ese planeta sin preocupaciones ni incertidumbres, sin destino aparente. Sintió su cuerpo flotando sin el peso de su negatividad, libre. Sonó el timbre de su pulsera.

El carcaj



Diego Alejandro Carreño García, 11 años
IED Villemar El Carmen, sede B. Crea Villemar
AF: Andrea Paola García Moreno

El lunes 24 de abril de 1940, un niño que había encontrado un carcaj de 1816 de un pariente muy lejano, se lo entregó a su padre, quien se iba a la Segunda Gran Guerra. Su padre se montó en un barco y se fue a Europa a ayudar en África. Entonces vio que el carcaj estaba brillando, pero lo ignoró. Sin embargo, cuando llegó al campamento inglés, el carcaj se puso radiante, y entonces el soldado, o sea, el padre del niño se asustó y descubrió el poder del carcaj. Se dio cuenta de que podía controlar las flechas y las utilizó para terminar la campaña de Rommel.

El azul y el rojo



Martín Suárez Gutiérrez, 8 años
IED Vilemar El Carmen, sede B. Crea Vilemar
AF: Andrea Paola García Moreno

En la isla Gorgona vivían un lagarto azul y una rana roja. Un día se pelearon y mezclaron el azul y el rojo. Después, el lagarto era rojo, y la ranita, azul. No sabían qué hacer... Se dieron un abrazo y cada uno volvió a tener su color.

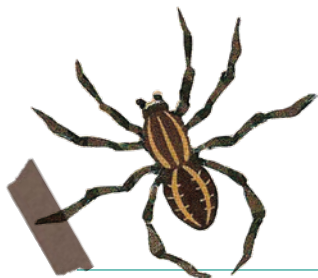
Al revés sirìocrA y orreP

Había una rana arcoíris y su amigo perro. Un día, el mundo ¡se volvió al revés! El perro no ladraba, el tren iba hacia atrás, la luna era el sol y el sol era la luna. Arcoíris y perro estaban felices.

Profesora: ¿Y cómo así que estaban felices si todo estaba patas arriba?

Martín: Es que ellos querían que estuviera así...

La pintura mágica



Victoria del Pilar Pérez Ramos, 11 años
Colegio Villemar El Carmen, sede B.
Crea Villemar
AF: Andrea Paola García Moreno

Un día, una niña llamada Lila fue al parque y a lo lejos vio una caja que brillaba. Corrió hacia ella, la tomó, se sentó en una banca y pensó: “¿Será que la abro?”. Se hizo de noche y volvió a su casa con la caja sin abrir. Lila no pudo dormir por la duda e intriga. Al día siguiente ya Lila había tomado una decisión: iba a abrirla. Fue por la caja al ático, donde estaba su zona de juegos, la abrió y vio unas hojas y un pincel. Empezó a pintar sin parar. Pintó una mariposa, y de repente la mariposa salió volando; pintó un elefante, y la mamá lo sacó de la casa porque no cabía; por último, pintó una flor, y la flor se secó. Lila se molestó y tiró la caja, el pincel y las hojas a la basura. Luego, salió de su casa. Cuando regresó, agarró un lápiz normal y una hoja. Dibujó una mariposa, y la mariposa no se fue volando; pintó un elefante, y la mamá lo dejó en la casa; y pintó una flor, y la flor no se secó.

El hombre de Dios

(fragmento)



Jorge Enrique Barbosa, 30 años
Colectivo Diversus. Crea Suba La Campiña
AF: Andrés Ramírez Mejía

“El reino de los cielos les pertenece a los pobres”. Repetía una y otra vez su progenitora cada vez que recorrían los cincuenta kilómetros que separaban la longeva iglesia del pueblo de su escuálido tugurio arrinconado en la montaña. La luna iluminaba sus caminatas dominicales como si una mágica fuerza hubiese determinado el accionar de la lumbrera menor.

—Gloria a Dios por la luna —decían.

Las semanas transcurrían monótonas, insoslayables e inequívocas. La escuela esperaba la aparición de los Bravo cada mañana sin excepción. María y Julián Bravo iniciaban con sus vicisitudes antes de que el gallo cantara. Un agua de panela y una pequeña tostada intentaban burlar los estómagos insaciables de las dos criaturas; una bendición, un padrenuestro y un beso los despedía en medio de la oscuridad de la madrugada.

Las dos horas y media de recorrido eran efímeras. La ansiedad que les producía la reminiscencia de las horas recreativas que compartían con sus colegas y el sonoro tararear de la maestra valían cada instante de espera y cada gota de sudor.

Cuando la cúpula se completaba, la bendición era lo primero que se realizaba.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo —rezaba cada mañana la profesora.

Esa mañana fue muy especial. El padrecito del pueblo los acompañaría en toda la jornada. Les enseñaría, jugaría y los bendeciría. El pequeño Julián no se sentía muy a gusto con la novedad.

Suficiente con verlo cada domingo en el pueblo como para que ahora se lo tuviese que topar también en la escuela. Sus amigos pensaban igual.

Las primeras dos horas de juego libre les encantaban. Todos querían jugar fútbol, como de costumbre; sin embargo, esa mañana no se les permitió jugar a las niñas, pues según las maneras católicas de nuestro padrecito, el fútbol no es juego de niñas.

No se había culminado el encuentro, cuando en los linderos de la escuela una camioneta se aparcó. Los vidrios descendieron lentamente y unas gafas gigantes antecedieron una mirada sombría. Unos dientes pútridos mostraban una malqueriente sonrisa, y un clérigan brillante y dantesco se asomó cual apocalíptica escena peliculesca.

—Padrecito —rechinó la maestra—, qué gusto tenerlo nuevamente en nuestra humilde escuela.

Con una complaciente reverencia se inclinó la endeble profesora, no sin antes solicitar a grito herido a los once pequeños que hicieran una fila para saludar como se debía a su santidad. Todos obedecieron *ipso facto*.

La mirada de pánico con la que los pequeños observaban al regordete chulo lo decía todo. Por alguna razón, las tres niñas del grupo mostraron una valentía sobresaliente, haciendo que la cobardía masculina fuese evidente. Se inclinaron uno a uno frente al padrecito, besaron su felpuda mano adornada por un gran anillo de oro que la Arquidiócesis le había obsequiado por su infatigable labor en el campo colombiano. Cuando la solemne y fantasiosa ceremonia culminó, el cura mandó a la tribu escolar a sentarse en

sus pequeños pupitres para iniciar una misa que había preparado con el fin exclusivo de arrancar de sus corazones cualquier rasgo demoníaco que los dominara.

—Arrojen sus cargas sobre el Señor, y él los ayudará. Jamás dejará que tambalee el justo —leía de su librito.

Los rezos repetidos una y otra vez agotaban la energía de los alumnos. Uno de ellos, por un segundo dejó escapar una pequeña oscitación, hecho que enfureció al apacible y elegante pastor, quien no soportó tan descarada y abrupta interrupción y pidió a la maestra que enviara uno a uno al aula apartada de la pequeña escuela para reprenderlos directamente y en privado, como la ley de Dios dicta.

La maestra, atónita por tan desproporcionada reacción, no pudo más que obedecer inmediatamente la orden de su majestad y envió a Raquel para que lo acompañase primero. El cura, con una mirada desobligante y con el ceño fruncido, le solicitó a la maestra que solo enviara a los varoncitos, quienes requerían de su ayuda inmediata, pues las niñas demostraron pureza de corazón y abnegación en su ser.

La maestra le pidió a Julián Bravo que se acercara al salón donde el padrecito lo estaba esperando. Él, con una mirada desconsolada y al borde del llanto, le rogó que no lo enviase al desafortunado encuentro, pero con una ira jamás vista y un chillido que retumbó en lo más recóndito de la vereda, increpó el lloriqueo pavorido del pequeño y lo obligó a cumplir su comisión.

—Siéntate, pequeño —le dijo con voz serena—. Sé que eres uno de los inquietos del lugar, y aun cuando Dios te observa, no te culpa; al contrario, te perdona.

La mirada pavorosa de Julián y sus pálpitos alborotados no dejaban que su voz resonara en respuesta. Solo pudo acudir lentamente donde la peluda mano le indicaba que se sentara.

—¿Es cierto que te has portado mal? —preguntó.

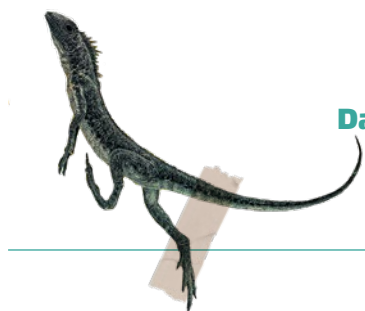
—No, señor, siempre cumplo con mis deberes y obedezco lo que mamá me ordena —respondió el niño.

—Sí, pero ¿qué hay de lo que Dios ordena? —repuso.

—Yo obedezco todos los mandamientos, rezo todos los días y ayudo en la casa.

Con una sonrisa fingida y una mirada amenazante, lo invitó a que se acercara un poco para poder escucharlo mejor.

El amor imposible



Jenireth Sofía Quiñones, 13 años
Loren Daniela Monroy, 13 años
Danna Sofía Torres Huertas, 14 años
IED La Toscana. Crea La Campiña
AF: Luz Ángela Correa Forero

Cuenta la leyenda que un amor imposible nunca se puede olvidar, y es por eso por lo que sufrimos más de lo normal. Todo empezó en el año 1952 en la escuela más prestigiosa de París, llamada L'Étoile Française. Allí, dos estudiantes jóvenes llamados Antoine, de 17 años, y Ansuan, de 13 años, se conocieron desde muy pequeños, y desde entonces fueron amigos, pero de un tiempo para acá empezó a haber una atracción entre ellos.

Un día, Antoine llamó a Ansuan para invitarlo a la casa del árbol. Un rato después los dos llegaron al punto de encuentro. Antoine estaba nervioso porque le iba a confesar algo que le estuvo rondando por días en su cabeza.

Antoine: Te quería decir esto desde hace mucho tiempo. No sé cuándo pasó ni cómo fue, pero siento algo más por ti, o sea, ¡te amo!

Ansuan: ¿Qué? ¡Cómo puede ser eso posible! Yo también te amo. Iba a decírtelo, pero tenía miedo de que me rechazaras.

Al día siguiente, Antoine le dijo a Ansuan si quería ser su pareja de por vida, y Ansuan dijo que sí. Todo estaba muy bien, pero solo

había un problema: en ese año se veía mal estar con una persona del mismo género y se pensaba que era una enfermedad. Es por eso por lo que ellos tenían que ocultar su amor. Sin embargo, un día su profesora Marion los vio besándose apasionadamente. Esa misma tarde, Antoine llegó a su casa como siempre y vio a su tío sentado en el sofá. Esto era muy raro, porque él nunca estaba a esa hora, pues trabajaba.

Tío: ¡Quiero hablar contigo! Me llamaron de tu escuela. Tu profesora me dijo que estabas con Ansuán haciendo cosas inapropiadas. Estás dañando mi nombre, están avergonzando a la familia. Para curarte de esa enfermedad tendré que llevarte al extranjero.

Y Antoine, sin saber qué decir, asintió con la cabeza y se fue a su habitación. Al día siguiente empacó sus maletas y se fue triste y decepcionado porque no tuvo el valor de decirle a Ansuán que se iba para siempre.

Ansuán estuvo esperando a Antoine en el colegio, pero él nunca llegó, así que fue a buscarlo a su casa. Tocó la puerta y abrió una empleada, y le dijo que Antoine se había ido para siempre. Él dio la espalda y se fue llorando. Duró semanas sin comer, sin tener ganas de nada. Trató de buscarlo, pero no lo logró y se rindió. A pesar de todo, en el fondo de su corazón tenía una pequeña esperanza.

Años después, Antoine era un empresario. Ya había salido de rehabilitación y decidió regresar a su tierra natal, porque su tío estaba en coma. Horas después ya había llegado a tierra firme. Fue a la cafetería por un café, porque el viaje fue muy tenso. Mientras tomaba su café y leía el periódico, de repente se abrió la puerta y entró Ansuán con un bebé en sus brazos y se sentó al frente de Antoine.

Antoine bajó el periódico lentamente para coger la taza de café y beber un poco, levantó su mirada hacia el frente y Ansuán hizo lo mismo. Se miraron fijamente y quedaron en *shock*. Antoine se levantó de su mesa y se fue donde estaba Ansuán.

Antoine: ¡Hola! Pensaba que nunca iba a volver a verte.

Ansuan: ¡Antoine, volviste! Mira cómo es el destino.

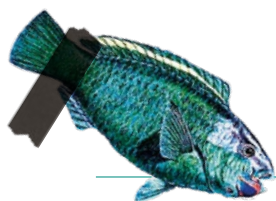
Antoine: Creo que te debo una disculpa por no decirte que me iba. Yo te amaba con todo mi corazón, y todavía te amo. No te dije nada porque sabía que no iba a ser capaz de irme sin ti, y todavía tengo la esperanza de estar juntos otra vez.

Ansuan: ¡Lo siento!, pero ya tengo una familia, y es maravillosa. Yo también te amaba, pero cuando te fuiste conocí a mi esposa, y ella me acompañó en ese dolor tan fuerte y me ayudó a superarte. Pero me alegra verte de nuevo.

Antoine se deprimió y aceptó que había perdido a Ansuan para siempre, pero siguen siendo amigos, aunque Antoine decidió irse nuevamente al extranjero a buscar su felicidad y a olvidar a Ansuan.

Moraleja: si amas a alguien, nunca lo dejes ir y lucha por él.

La cometa más alta y luminosa



Ángel Abad Hoyos Fernández, 54 años
Fundación Fumdir. Crea Suba La Campiña
AF: Nicolás Medina Lozano

En el mes de agosto venta mucho en la ciudad, y pensé en hacerme una cometa de palos de guadua, madera e hilos, recubierta de papel de colores. Esos colores para mí son colores que me fascinan mucho, como los colores pastel. Mi cometa fue hecha con la figura de sol o estrella. En el centro la forré de verde esmeralda, y a los lados, de amarillo, y su cola la construí con papel periódico con el centro amarrado en las puntas de cada escoleta con piola. Al día siguiente la saqué para elevarla, y me fue muy bien: se elevó tan alto que se veía desde todos lados. De todo lado de la ciudad me daban felicitaciones y me sentí muy alegre por la obra realizada. Aquella tarde me llegó una invitación para un festival de cometas en un parque de la ciudad. Me sentía muy alegre por aquella invitación y comencé con el proyecto de construir una nueva cometa. Hice una cometa tipo casa y me dirigí al lugar al que me invitaron. Había tanta gente que me llené de miedo, pero al pasar el tiempo lo logré: la alimentaba con mucho hilo, así que la elevé tan alto que me gané el premio del mejor diseño.

El premio en aquel tiempo fue de 300000 pesos y la invitación a almorzar con mis amigos. Luego del almuerzo pasamos al parque de atracciones con los pases que nos dieron aquel día del premio. Empecé a pensar en construir cometas para la diversión de los niños en el mes de agosto del próximo año.

Me imagino la ciudad llena de cometas de colores y formas.

Querer es poder

(fragmento)



Paola Marta Silva, 30 años
Impulso Colectivo. Crea Las Delicias
AF: Mario Murcia

Su secretaria se acercó, tomó una carpeta y leyó en voz alta: —Ana es la primera paciente del día. A sus veintiocho años dice que ya se dio por vencida. Es soltera, enseña matemáticas y lo más cercano a un vínculo familiar que tiene es la relación que comparte de lunes a viernes con sus alumnos de clase. Siente que todos la tildan de fracasada y no cree que el pensamiento positivo por sí solo sea capaz de lograr cambios en su realidad.

—Nada nuevo. Por favor, dígame que pase al consultorio.

Julio César lleva cuatro años trabajando en una clínica de condicionamiento mental. “Una descripción un poco ruda para la gran labor humanitaria que hacemos aquí”, dice la directora del lugar, que prefiere que los llamen *SPA Mental*. El trabajo es muy sencillo: solo debe realizar un tratamiento con un medicamento a aquellas personas desilusionadas, sin esperanzas o deprimidas, que no cuentan con el dinero o el tiempo suficientes para tomar meses y meses de terapia.

—¡Buenos días!

—Buenos días, Ana. Mi nombre es Julio César y seré el encargado de realizar su tratamiento.

—¿Julio César? ¿Como el gran emperador?

—Sí, pero él nunca fue emperador. Solo un militar tirano.

—No lo sabía. Pensé que había sido un gran líder.

—Lo fue. Todo un triunfador, por eso lo mataron a traición.

—Una vida de triunfador... Qué envidia, ¿no?

—No le encuentro gracia a querer tener la vida de otra persona.

—Usted no puede imaginar lo que es ser nadie, no cumplir los sueños, luchar y esforzarse a diario, y nunca lograr nada más que una etiqueta de “fracaso”. No sé si pueda imaginar lo que es sentir que el universo empezó una guerra contra usted y que por más que luche, él encontrará la forma de burlarse vil y cínicamente, arrojándolo siempre a un lodazal de derrotas.

—No me interesa imaginar eso.

—¡En verdad estoy desesperada! No sé qué es un final feliz, no sé cómo...

—Disculpe, debemos empezar. Su mente tendrá un verdadero viaje, iniciará una nueva vida de aprobación social y satisfacción propia, se olvidará de todos los juicios que alguna vez alguien le hizo y la palabra *imposible* no existirá en su cabeza. Este es un proceso de cuatro horas, sencillo, indoloro y garantizado. Si en algún momento vuelve a tener eso que llaman dudas existenciales o siente ganas de rendirse, puede escribirnos o acercarse, y le haremos la devolución de su dinero ¿Es clara esta información?

—Sí, doctor.

—Ahora necesito que tome esta pastilla, se acueste en la camilla y se relaje.

Ana recibió la pastilla, pero los nervios le impedían tranquilizarse. Por su cabeza solo pasaban recuerdos y acusaciones. Desde muy pequeña soñaba con estudiar y vivir en otro país, pero a lo largo de su vida solo encontró puertas cerradas y pocas oportunidades que, con el pasar de los años, fueron extinguiendo vorazmente

sus deseos. Conoció la soledad siendo muy joven, pero esto no le impidió convertirse en una mujer trabajadora y amorosa, aunque sí la hizo muy sensible e ingenua, lo que le costó que una y otra vez las personas la utilizaran y luego la desearan. Decidió someterse al tratamiento por consejo de sus colegas y supuestos amigos, quienes consideraron oportuno y moralmente correcto hacerle una intervención para evitar que alcanzara la cima de la mediocridad.

—¡Doctor! Quiero ser feliz en la forma en la que un perro es feliz, donde nada le importa, donde no hay preocupaciones ni arrepentimientos y no tiene que soportar las opiniones de otros —dijo Ana interrumpiendo la calma de la que tanto disfrutaba Julio César.

—Recuerde que debe relajarse y guardar silencio para que el medicamento surta efecto —respondió él.

Desobedeciendo las recomendaciones, ella preguntó:

—¿Siempre es tan apático o solo está teniendo un mal día?

—Estoy teniendo un buen momento, Ana, es solo que todos los días entro a este consultorio, y aunque los rostros cambian, la historia es la misma: personas atormentadas por los estándares de una sociedad que siempre exige y nunca está satisfecha, juzgadas por sus mismas familias o que viven en constante pena bajo el fantasma de amigos que han tenido más suerte o nacieron con más privilegios. Los seres humanos camuflan su egolatría con sensibilidad, se entristecen cuando no alcanzan un reconocimiento o simplemente no pueden pasar por encima del otro. Bien lo dice Bauman: “El deseo es el anhelo de consumir. De absorber, devorar, ingerir y digerir, de aniquilar”.

Algo ansiosa, Ana continuó con las preguntas:

—¿Usted tomó este tratamiento? ¿Después de esto seré tan insensible como usted?

A lo que Julio César tajantemente respondió:

—¡No! No tengo esa necesidad, y no soy insensible, pero con el tiempo aprendí que la aprobación social no es más que un dolor en las sienes y las rodillas, un instinto salvaje que lleva a cometer

errores y hasta tonterías para satisfacer a otros. Entonces, ¿para qué darles lugar a todas esas preocupaciones que se vuelven calvario? Todos deberían poder superar fácilmente estos dilemas, o mejor, entender lo que es la vida y no recurrir a una especie de lobotomía *light* para cambiar lo que somos. Pero ¿qué sé yo? Solo estoy cumpliendo con mis funciones laborales.

Ella no supo qué responder, así que se quedó en silencio y cayó en un sueño profundo mientras observaba el póster pegado en la pared, que con letras y colores vistosos tenía escrita la frase “QUERER ES PODER”.

—Ana, ya puede despertar. El tratamiento ha sido satisfactorio. Espere a la enfermera para que le dé las recomendaciones necesarias, y ¡disfrute su nueva vida! —dijo Julio César mientras se quitaba la bata y salía del consultorio.

De cómo la tortuga encontró su caparazón



Juliana Solano Morales, 9 años
IED Compartir. Crea La Campiña
AF: César Ruiz Bulla

Hace un tiempo muy lejano, la tortuga no tenía caparazón. Una vez estaba lloviendo muy fuerte y la tortuga tenía mucho frío. Fue cuando decidió ir en búsqueda de algo que la protegiera, tanto de la lluvia como del frío. Se fue entonces hacia el mar y empezó a explorarlo para cumplir con su objetivo. Nadó y nadó, se esforzó mucho en su búsqueda: debía encontrar algo que le sirviera para protegerse. De pronto vio un coral muy colorido. Se fue acercando más y más, y alcanzó a ver algo que parecía como una cueva pequeña. La tortuga decidió intentar entrar, y fue muy fácil lograrlo. Aquel recipiente era cómodo y calentito.

—Este objeto es perfecto para mí —dijo—. Creo que me lo quedaré e invitaré a mis amigas y amigos para que también usen uno como este. Pero ¿cómo lo llamaré? ¡Ah, ya sé!: lo nombraré *caparazón*.

Y de esa manera todas las tortugas pudieron al fin resguardarse del frío y protegerse de la lluvia y de sus enemigos.

Historia de cuatro personajes



Sindy Vanessa Rengifo Páez, 10 años

IED Alberto Lleras Camargo.

Crea Suba La Campiña

AF: David Alexander Parra Jaimes

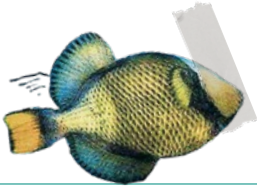
Había una niña a quien le gustaba la música, pero sus padres la metían en cursos que no le gustaban, y estaba muy triste. Sin embargo, sus papás entendieron y la metieron en música.

En otra parte había una señora que era desagradecida: no le gustaba lo que le regalaban, pero cuando necesitó algo, nadie se lo dio, y la señora entendió.

En otro lado había un señor que siempre tenía problemas con todo el mundo, como no pagar el arriendo; pedía prestada plata y no la pagaba; hacía mucho ruido por las noches... Un día necesitó algo, nadie le prestó por no pagar, y el señor entendió.

Y en otro lugar había otro señor que no podía hacer nada bien, y siempre lo rechazaban porque todo le salía mal. Pero él se puso a practicar hasta que pudo hacer algo bien, y lo aceptaron.

¿Este será nuestro futuro?



Valentina Robayo Ruiz, 9 años
Grupo Conjumágicos. Crea Castilla
AF: Ivonne Montoya Camargo

Nosotros los humanos somos muy muy especiales: hacemos muchos amigos, trabajamos duro, y... ¡nos divertimos! Hemos hecho muchos inventos y aparatos para facilitar la vida cotidiana. Pero hoy no les vengo a hablar de todos esos inventos, sino de uno en especial, uno que yo, Valentina Chismosina Experimentina, hice. Es... ¡la máquina del tiempo!

Y hoy les vengo a contar una fabulosa pero temblorosa aventura que viví con este invento. Esta es la historia:

No había hecho mi primer vuelo. Aún pensaba a dónde ir, si al pasado o al futuro. Entonces me puse a pensar un poco más y me dije: “Creo que siempre he querido saber si en el futuro seremos más inteligentes, o más gordos y obesos frente al televisor, ¡como en *Wall-E!*”. Decidí ir al futuro, ya que había leído muuuucho sobre el pasado, y nada sobre el futuro. Me monté en mi nave y me puse en marcha. Mi destino: ¡el futuro!

Después de volar largo rato, como trescientos años más adelante, me dispuse a aterrizar, pero algo pasó y no pude frenar. Fue

un aterrizaje bastante forzoso, pero no me lastimé nada. Nada, excepto el corazón, porque al bajarme de la nave y mirar a mi alrededor, vi un infierno que no querrán imaginar. Para resumir: mis ojos vieron unos seres que no reconocí. Eran humanos, pero con sombras de *aliens*; sus corazones eran de piedra y no hacían más que quemar los bosques, ensuciar el agua y matar a la Tierra. Traté de detenerlos, pero mis intentos fallaron. Mis ojos se aguaron y quise regresar a mi casa, pero con mi máquina dañada era imposible. De pronto ocurrió algo que no me esperaba: me di cuenta de que aún quedaba una pequeña niña de corazón puro. Corrió hacia mí y tocó la nave, la cual tomó un brillo hermoso. Traté de explicarle que no funcionaba, pero ella me dio la mano. Me subí a la nave, y en un abrir y cerrar de ojos aparecí en mi casa en el año 2022. La niña me abrazó y me dijo que su nombre era Esmeralda y que tenía seis añitos. Le pregunté que si sabía en dónde estaba su familia, y ella me dijo con tristeza que, debido al cambio climático, estaban en el cielo. Yo la miré y la abracé más fuerte. Nos bajamos de la nave y le pregunté si quería quedarse conmigo. Ella respondió con un emocionado “Sí”. La adopté, la amé y todavía la amo.

Hoy ya tiene siete años. En este momento está en el colegio, pero estoy segura de que les manda saludos. Bueno, ya se dieron cuenta de que, si no cuidamos el planeta, será el futuro feo el que tendremos, así que, por favor, limpien el agua, reciclen, no talen árboles y amen a nuestra Tierra.

Penumbra



Nathalie Mejía, 18 años
Colectivo Diversus. Crea Suba La Campiña
AF: Andrés Ramírez Mejía

Es tu primera muerte. Estás sentado en el borde del acantilado, esperando el momento exacto en que cae Lucifer, quien golpeará la tierra provocando un fuerte estruendo. Alzas la vista y te encuentras con el azul infinito interrumpido por un punto negro. Parece un cisne, con grandes alas y una caída majestuosa; sin embargo, se trata de un hombre o algo parecido. Cae justo al fondo del abismo, donde solo hay caos y desorden. El híbrido se levanta, y al hacerlo, pierde sus alas: estas caen y se camuflan con el fondo oscuro. Entonces el hombre grita. Es un grito tan agonizante que quebraría cualquier alma, menos la tuya, porque ya está rota. Estabas tan centrado en el futuro, y te desgastaste tanto emocionalmente, que nunca viste tu presente o tu pasado. Esta sería tu última oportunidad de aprender, la última enseñanza que el destino te dejaría divisar. La vida deseaba que tú fueras un ave fénix, pero eras una gallina que al ver la amenaza se paralizaba.

Lucifer de repente se calla; se queda quieto, cual estatua, para luego reír exultante de éxtasis. Empezó a soltar palabras al azar, y el fondo del barranco dejó de ser oscuro: ahora estaba completamente iluminado por llamas; también parecía ordenado: en una

esquina solo ardía madera, más al fondo había cadáveres, y más allá, un montón de personas que jadeaban y suspiraban.

Tú sigues sentado en el borde del barranco. No le quitas el ojo al perfecto cuerpo esculpido. Entonces Lucifer gira. Sus ojos se encuentran con los tuyos, y de nuevo te paralizas; sientes tu cuerpo calentarse, sientes cómo te conviertes en polvo y cómo el viento te separa mientras a él le brotan de nuevo plumas en la espalda.

El mar de la perdición



Ángel Javid Shoonewolf Doval, 14 años
Colegio OEA. Grupo de Tiflogología 8.º y 9.º.

Crea Las Delicias

AF: Andrea Paola García Moreno

Todo comienza en una pequeña casa ubicada en la playa donde Jack estaba preparando su embarcación con la que se dirigiría hacia el mar de la perdición. Jack no sabía en dónde se encontraba ese mar, pero de todos modos no iba a rendirse. En un momento se dijo: “Ojalá arriesgarme valga la pena”. Jack reunió toda la comida que pudo y se dirigió hacia el ancla para soltar su barco. Tenía que guiarse por la constelación de la Osa Mayor, y debía esperar a que anocheciera; para eso faltaban dos horas. Aprovechó para cenar, ya que iba a ser una larga noche. Pasadas las dos horas, todo se transformó con una luz azul que venía de la luna. Las constelaciones empezaron a aparecer. Rápidamente apuntó la popa de su barco hacia la Osa Mayor. ¡Empieza la aventura!

Detrás del tapabocas

(fragmento)



Nicolás Alvarado Rodríguez, 22 años
Crea Las Delicias
AF: Mario Murcia

El transmilenio, indiferente, siguió su trayecto. Quise decirle que se quitara el tapabocas, que dejara al descubierto su verdadero rostro, pero no tuve el valor suficiente para hacerlo. En cambio, recordé la última vez que quise entender a una mujer. Esto sucedió el año pasado. En plena cuarentena, mi hermano había conocido a una mujer —una chica, diría mi madre— en una de sus clases virtuales. Juntos se la pasaban escribiendo día y noche. Siempre que mi hermano hablaba de ella, eran puras cosas buenas. “¿Te puedo contar un secreto hermanito?... Estoy enamorado, profundamente enamorado”, me confesó una tarde. Así que cuando las restricciones impuestas por el Gobierno fueron más flexibles, mi hermano no dudó ni un segundo en escribirle para que se vieran.

—Buenos días, hermosa. ¿Estas disponible? —escribió.

Ella, por su parte, fue muy evasiva: no le decía que no, pero tampoco que sí. Un simple “Luego miramos”. Todo siguió de esta

manera hasta que mi hermano, algo cansado, puso un ultimátum. Definió lugar, día y hora.

—Si no vas será porque no estás tan interesada en mí como yo lo estoy por ti —escribió él. Ella dijo que sí, que iba a asistir al encuentro. Así que aquel sábado, mi hermano se puso unas pintas que no se había puesto desde el inicio de la pandemia y se roció el perfume de mi padre en todo el cuerpo, dejando un olor masculino en toda la casa. Se fue triunfante, esperanzado.

Dos horas más tarde llegó cabizbajo al apartamento.

—¿Qué te pasó? —le preguntó mi madre.

—Ella no fue... Pensé que quería ser abrazada —respondió él. Mi madre se acercó a él y le dio un fuerte abrazo de oso.

No entendía nada.

—¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? —era lo único que me preguntaba.

No tenía sentido. Así que días después, cuando lo vi más vivo, me atreví a preguntarle:

—No entiendo, ¿por qué no fue si siempre te escribía? Si noches enteras juntos reían como un par de enamorados. ¿De quién fue la culpa?

—A las mujeres no hay que entenderlas: solo amarlas —dijo mi hermano.

Una respuesta que no respondió ninguna de mis preguntas.

Un par de pitidos marcaron el final del viaje. Las puertas del transmilenio se abrieron. De haber sido por mí, me hubiera quedado observándola más tiempo, pero tenía una clase de matemáticas a la que asistir. Me paré detrás de otras personas como si hiciera fila en un supermercado, y, poco a poco, avancé a la salida. Para cuando me di cuenta, estaba con un pie fuera del bus. Giré mi cabeza para verla de nuevo a modo de despedida. Y creo que fue esa vista más general la que me hizo comprenderla, o al menos entender una parte de ella. Estaba sola: las sillas a su lado estaban vacías. Salí del transmilenio, este cerró sus puertas y avanzó

llevando en su interior a esa mujer que no he vuelto a ver. El pensamiento que cruzó por mi mente cuando la vi sola fue que ella no quería mensajes ni palabras virtuales que reafirmaran su obvia belleza; lo que de verdad quería era un real abrazo de oso.



Brotaron en el verso



Un árbol



Mariana López Gutiérrez, 11 años
IED Villemar el Carmen. Crea Villemar
AF: Jairo Cobos

Un árbol al que se le caen las hojas
por el fuerte viento.

¿Tiene frío?

¿Necesita abrigo?

Quizás se siente triste por el frío

o ¿tendrá miedo?

Siempre me pregunto

¿Cómo crecen cada día...?

Poema



Mateo Romero Bohórquez, 9 años

IED Compartir. Crea La Campiña

AF: César Augusto Ruiz Bulla

Tanguara azul
mueve sus alas
en el cielo.

Pajarito de cabecita



Juliana Rincón, 9 años
IED Compartir. Crea La Campiña
AF: César Augusto Ruiz Bulla

Pajarito de cabecita.
Agujeros haces en un bosque
a mediodía.

En el crepúsculo



Diana Leyva, 45 años
Impulso Colectivo. Crea Gustavo Restrepo
AF: Alejandra Ramírez

Sirius, Sirius... ¿dónde estás?
¿Cómo darle fin a la narración
si la palabra adecuada no llega?
Las frases se marcharon a Marte y el tiempo pasa a velocidad luz.

Cada vez que emprendo el viaje solo alcanzo la estratósfera.
La gravedad es más fuerte,
fragmenta la nave,
caigo en picada.

Meteoritos chocan contra el cerebro,
atravesan mi mente partículas incandescentes.
¿Acaso no lograré ver al marciano?
Si tan solo tuviera unos instantes más.

Voy a tener que conformarme con los zombis parados
en la esquina del parque.

Remanso de paz



Amparo Sosa Muñoz, 64 años
Colectivo Los Abuelos Literarios.
Crea Lucero Bajo
AF: Paula Romero

Alberto, un hombre con arraigo campesino, detiene su mirada para contemplar y extasiarse con lo que allí sucedía: un majestuoso atardecer.

Desde el occidente podía ver el sol ocultándose, dejando a su paso un resplandor brillante, cálido, con un degradé amarillo rojizo que no permite aún entre las sombras de los árboles fijar la mirada a su atractivo centro.

A su derecha, el oriente. Allí empiezan a oscurecerse los cerros tornándose fríos, grises, sosegados; adornados por bandadas de garzas blancas que tranquilas buscan su aposento en las medianías de la vereda.

El silencio se hace presente poco a poco. La coqueta luna da paso a su luz iluminando la noche, como queriendo conquistar el más allá. Entre tanto, Alberto escucha el ruido del río, el cual, durante el transcurso de las veinticuatro horas, suena incesante. Ya es hora del descanso. Él lo arrulla mientras concilia el sueño.

De nuevo el amanecer, el trinar de las aves coloridas lo despierta, y el aroma de las flores de mandarino, naranjo, orquídeas,

dalias, le estimulan el olfato. Los frondosos árboles lo invitan a recorrer el campo en busca del remanso de paz siempre anhelado y que le era esquivo cuando permanecía en la ciudad.

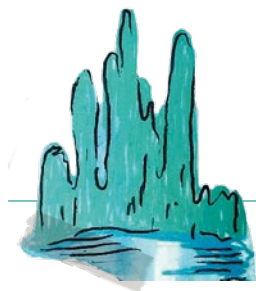
Azukifi



Madelein Sofía López Murte, 10 años
IED Cortijo Vianey. Crea Cantarrana.
AF: Yuri Andrea Barón Gamba

Azukifi vive en la luna,
huele como el universo
que orbita a su alrededor.
Come rocas que para él
tienen un buen sabor
y también caza estrellas.

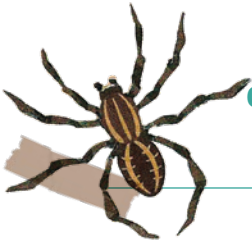
La idea que me consuela



Juan Pablo Velandia Sandoval, 13 años
IED San Martín de Porres. Crea El Parque
AF: John Alejandro Prieto

Mucha gente la desprecia,
otros la anhelan,
algunos tienen miedo de que se extinga,
otros solo esperan a que se consuma ella misma.
Veo que algunos soplan la vela acortando su día.
La luz se apaga,
solo queda la opaca
y un poco cruda nada,
solo queda un cascarón vacío que no aporta para nada.
Tal vez para algunos una grata tranquilidad,
para otros una clara soledad.
La utilizo para iluminar,
y fue gracias a ella que escribo hoy para que ustedes la vean.
Así es, hablo de ella, la idea que me consuela.

Cuando el viento gime



María Stella Gaitán Navarrete, 65 años
Colectivo Los Abuelos Literarios. Crea Lucero Bajo
AF: Paula Andrea Romero Sánchez

En una fría mañana,
con mi rostro pegado a la ventana,
escuché al viento gemir
manifestando su propio sentir.

Gemía por una tierra llena de maldad,
donde el dolor y la indiferencia,
junto con la incansable violencia,
se entrelazaban en una cruda soledad.

Recorrí en mi mente estos dos últimos años
impregnados de pandemia, de dolor y de fracaso.
Miré al cielo clamando al creador
por un mundo que se ha olvidado del amor.

Él me escuchó.
Me recordó que aún hay esperanza
para una tierra carente de templanza y tolerancia.

Sí.

En una fría mañana,
cuando el gemir del viento
hacía que la tristeza se anidara en mi alma,
comprendí

que a pesar de la dura realidad de mi nación
cargada de injusticia, mentira y corrupción,
hay fe y hay esperanza
por un mundo mejor.

Por eso, amemos nuestras raíces.

Amemos nuestro país.

No dejemos de soñar.

Aprendamos a ser felices.

Sin título



Miguel Ángel Galvis Cala, 9 años
IED Compartir. Crea La Campiña
AF: César Augusto Ruiz Bulla

Águila real.
En la cima de un páramo.
En soledad.

La estufa de leña



Evelyn Francenet Neuta, 28 años
Impulso Colectivo. Crea San Pablo
AF: Jennifer Farfán

Leña, leña y leña.
Único motor para encenderla.
Leña consumida en carbón
que sirve para otra ocasión.

Fue un abuelo de Bosa
el encargado de la mano de obra
con parrillas, cemento y ladrillo
formaba este gran utensilio.

Hueco donde entraba leña,
algunas ramas y la candela,
y algo más para que no se ahogue
cuando la china lo azote.

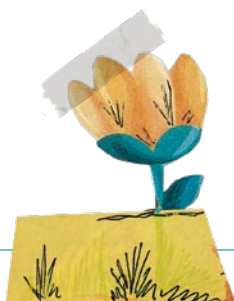
Los chiguasaques, los neutas, tunjos y Alonso,
con otros pocos que luego nombro,
tenían en sus casas una estufa de leña
donde cocían mazamorra pequeña.

Carne, pollo, chunchullo
y hasta mojarra incluso.
Más arepas y papas cocidas,
acompañaban estas delicias.

Alimentos que al calor del fogón
hierven con todo su esplendor,
a la espera de familiares
para compartir estos manjares.

Testigo de platos que casi no se encuentran
y que en la memoria algunos preservan,
desde hace unos años aquí en la vereda
se cuenta la historia de la leña.

El cielo



Estefanía Rodríguez Rueda, 11 años
IED Cortijo Vianey. Crea Cantarrana
AF: Yuri Barón Gamba

El cielo no cambia.
El cielo es el mismo,
no importa la distancia,
si miro arriba,
veo la misma tranquilidad,
sin importar
en qué mar estoy.

Las personas se pelean por
banderas,
si se alejan,
ya no saben hablar.

Me ven raro si mi yo está pintando.
Quisiera que los humanos
fueran cielo para que vean
con el mismo azul
con el que yo
los veo.

El cielo no tiene cultura ni fronteras,
no tiene a la gente exigiendo paz.
No tiene nada,
pero tiene más que nosotros.

Seamos dos pájaros



Estefanía Rodríguez Rueda, 11 años
IED Cortijo Vianey. Crea Cantarrana
AF: Yuri Barón Gamba

Seamos dos pájaros.
Seamos libres tú y yo,
seamos dos pájaros amantes;
hagamos un pequeño nido
en un árbol alto,
protejámonos mutuamente.

Volemos juntos hacia nuestro paraíso,
encontremos un lugar
lleno de plantas que florecen
como nuestro amor.
Cuidemos de ellas hasta que se marchiten,
cultivemos nuestro amor hasta el final.

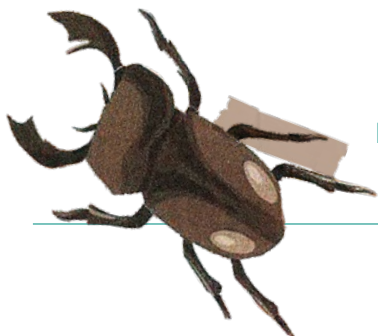
Cuando nuestras plumas se caigan,
cuando nuestras alas ya no puedan volar,
cuando nuestros picos se quebranten,
cuando nuestro corazón no pueda latir más.
Seamos dos pájaros en nuestras vidas.



Brotaron en la escritura



Qué aburrido tener que asesinar



Samuel David León Ladino, 14 años
Impulso Colectivo. Crea Lucero Bajo
AF: Jessica Fuentes

// Absolutamente todos se obligan a sí mismos a complicarse, a entender cosas inentendibles y a inventar teorías que necesariamente se esconden entre las sombras. Un ejemplo es la percepción de ‘el sentido de la vida’. Ni siquiera ahondaré en las distintas teorías en las que desafortunadamente me vi involucrado. Simplemente diré que la vida es tan simple como un juego de rutinas. Sus jugadores: la suerte o destino, el esfuerzo y el individuo mismo. Así de fácil, así de claro. De todas formas, ¿quién soy yo para opinar?”

Advertí que balbuceaba lo anterior. Cuando Ama despertó, golpeó el reloj para callar la alarma y comenzó su rutina.

—Buenos días, tierra —dijo entre profundos bostezos—. Hexa, ya sabes qué reproducir los buenos lunes —ordenó al asistente de voz.

—Reproduciendo *Candles* —contestó el robot invisible mientras mi portador se acicalaba.

Después de bañarse en su manantial, cepilló sus dientes titánicos, fue a la despensa y, luego de cocinar un refinado *omelette* de

humano, escogió su ropa más nueva y tomó rumbo a su trabajo. Desde pequeño había aprendido a hacer sus cosas por sí mismo; por eso era admirablemente ágil, ordenado y listo. Sus padres nunca estaban, y dentro de su mansión aprendió muchas cosas. Su “condición” dejó de representar para Ama un impedimento, porque gracias a ella se preocupó por su alimentación, y así se convirtió en el mejor cocinero que he conocido.

—¡Vaya! Sí que hay trabajo, Pin —dijo mientras ajustaba su cronómetro de muñeca.

—Por supuesto, joven. ¿Está seguro de querer asumir tanta responsabilidad?

—Es usted conocedor de otra opción, ¿verdad? —exclamó con ironía mientras tomaba impulso para abalanzarse en un paso a la ciudad—. ¿Cuál es el reporte de la zona, Hexa?

—Se reportan alrededor de novecientos cadáveres humanos...

—Mmmm... Prosigue.

—Genocidio causado por tres hidras venenosas adultas.

Convite.

—En este festín —dijo con acento—, soy el mejor anfitrión.

Pegó un salto colosal, y al caer asestó un golpe con sus puños en la mandíbula de una hidra, que, tambaleándose, tomó una bocanada de aire para esbozar un potente rugido.

—¡Pin, sable oscuro! —gritó—. Acabemos con esto.

El convite había durado ya seis horas, una más de lo previsto, cuando como un meteoro cayó Ama lleno de moretones, de cortes y miedo (miedo proveniente de las propiedades de su condición). Resulta que desde que Ama nació, le era imprescindible comer, aunque fuera un ser humano por lo menos cada tres horas. Si desbarataba esta dieta sufriría una metamorfosis instantánea pero dolorosa: se convertiría en un ser vivo terrícola perteneciente al reino animal de forma aleatoria. A excepción de una vez, nunca más ha llegado a tal extremo. Esto lo sé porque desde que existe la memoria, he estado dentro de su cuerpo. Él es un *poïd*, especie

suprema del universo, propietaria de cinco galaxias. En cuanto a mí, soy un *sedye*, categoría alienígena inferior a los *poids* que tiene la cualidad de adoptar cualquier forma sin variar su masa.

Cuando la última hidra logró abrazar súbitamente a mi compañero, yo me encontraba en su mano derecha, cubierto de sangre con la forma de un sable, y desde allí vi cómo la hidra inyectaba sus ponzoñosos fluidos en el brazo de Ama. Todo fue muy confuso desde ese momento. Tuve un mareo denso sobre mí, noté que la hidra moría mientras yo hacía el papel de espectador sobre el cuerpo inconsciente de mi portador, a cinco metros del campo de batalla, donde yacían los cadáveres de los monstruos. ¿Qué acababa de pasar?, ¿por qué había signos vitales en su cuerpo?, ¿por qué había tanto poder en él?

Remembranzas de mi infancia



Jairo Jesús García, 72 años
Impulso colectivo. Crea La Pepita
AF: Guillermo Armando Peña Quimbay

Aún perdura en mis recuerdos el sonido estridente de la campana del colegio, que, gritando desafortadamente como una loca con su eterno tilín, tilán, tilín, tilán, nos despertaba todos los días con una fidelidad enfermiza a las cinco de la mañana, incluso los domingos. “Levantaos, todo el mundo de pie, con las camas bien tendidas, y preparaos para las duchas”, se escuchaba decir con voz autoritaria al profesor con el que compartíamos nuestro dormitorio, un curita al que apodábamos Fray Spaguethi por su flacura de huérfano abandonado.

Era un sacerdote catalán de unos 35 años recién llegado a Colombia. Se caracterizaba por ser muy estricto y severo hasta la crueldad; pero era justo. Recuerdo sus ojos glaciales, su enérgica flacura y sus rasgos ibéricos. Se hacía acompañar de una varita mágica, de unos setenta centímetros de largo con muchos nudos, que tenía la virtud de poner en orden al que osara contradecir sus órdenes. Yo puedo testificar que era efectivo, pues experimenté sus azotes en más de una ocasión. Todos le temíamos a Fray Spaguethi.

Cuando había un conato de pelea, buscaba los guantes de boxeo que tenía para dichas ocasiones y nos los hacía poner y no paraba la pelea hasta que uno de los contendores saliera reventado.

Yo era uno más de los internos que conformaban la comunidad de estudiantes del colegio de curas San Luis Gonzaga de Facatativá. Entre el colegio, el atractivo del parque arqueológico Las Piedras del Tunjo, la flora y la fauna silvestre de la región y, en medio de todo, ese ambiente natural, transcurrieron dos de los mejores años de mi niñez. Fue una época maravillosa e inolvidable.

Alcanzo a recordarme junto con mis condiscípulos disfrutando de los innumerables juegos de la época, retozando por esas verdes soledades, correteando por entre los vericuetos, las cuevas y los laberintos de las enormes moles de piedra.

El destino quiso llevarme a Venezuela por treinta largos años. A mi regreso fui al parque a recoger mis recuerdos, pero me encontré con un panorama desolador. Habían urbanizado más de la mitad del parque arqueológico. No pude controlar mis sentimientos y me desgrané en lágrimas. Definitivamente, el hombre es el peor depredador que existe sobre este planeta.

Una extraña vida

(fragmento)



Voxibel Romero, 16 años
IED La Toscana Lisboa. Crea La Campiña.
AF: Laura Alejandra Flórez Millán

Doña Graciela no tenía idea de por qué Owen actuaba así. Siempre le pareció extraña su forma de comportarse, pero en él había algo que la hacía confiar. Por otro lado, luego de salir de la biblioteca, Owen fue a nada más y nada menos que a su casa, algo de esperarse viniendo de él. Mientras caminaba por las calles solas y frías de la ciudad se percató de algo extraño, algo que le puso los pelos de punta.

“¿Cómo es posible que aún no hayan intentado asaltarme? Nunca logro avanzar más de dos cuadras sin que me quiten la billetera”, se dijo Owen.

Sin pensarlo dos veces, Owen comenzó a correr hacia su departamento, creyendo que podría tener una racha histórica. Al llegar al edificio, rápidamente sacó sus llaves y abrió la puerta. Sintió tranquilidad, satisfacción... y cómo algo frío hacía presión en su espalda.

—Che, pibe, ¿tenés hora?

Y sí, nuestro querido protagonista fue cruelmente abofeteado por la realidad: ahora quedó triste y sin billetera. Solo quedaba entrar y admitir su derrota: ladrón, uno; Owen, cero.

Al cerrar la puerta y escuchar cómo los seguros iban activándose al girar la llave, Owen aceptó la realidad y su muy mala suerte. Decidió no perder el tiempo, y entre suspiros se dirigió hacia la cocina, tomó un delantal y la convirtió en su zona de juegos. Las especias sobre el sartén caían de forma armoniosa, y de eso salió un plato muy delicioso, del cual Owen se sintió orgulloso. Luego de comer y de guardar la parte correspondiente para su hermana, se dirigió hacia su laboratorio, tomó asiento y, como siempre, comenzó a trabajar.

“Las deudas dejadas por un padre irresponsable no se pagan solas”, refunfuñó mientras escribía con el teclado.

Los pensamientos negativos no dejaban de pasar por su mente. Siempre intentaba dejarlos de lado, pero no podría seguir huyendo indefinidamente.

“Demonios, ¿por qué debo seguir con esto?”.

Saber que pasarás toda tu vida sentado ante una computadora siendo infeliz por alguien que supuestamente te amaba no es divertido. “¿Por qué me hizo esto?”, “¿acaso no piensa volver?”. Eran preguntas que pasaban por su mente, causándole frustración y resentimiento. Cada vez el movimiento sobre su teclado era más brusco y tosco, hasta convertirse en una guerra entre sus dedos y las teclas.

—¿Qué estás haciendo?

Una somnolienta y dulce voz había interrumpido la guerra que Owen había declarado contra su teclado. Paró de escribir y miró a su hermana en la puerta del cuarto.

—¿Freiya?, ¿qué haces aquí? Ya es tarde —contestó Owen.

—Estás escribiendo muy fuerte: se escucha hasta arriba —dijo Freiya.

—Vaya, lo siento, no me percaté —respondió Owen mientras desviaba la mirada.

—Ten cuidado: puedes lastimarte. ¡Recuerda que no soy tu enfermera personal! —exclamó Freiya.

—Ja, de acuerdo, tendré más cuidado. La comida está sobre el mesón de la cocina —le dijo Owen con una pequeña sonrisa.

—Más te vale, y gracias.

De ahí, Freiya subió las escaleras, y Owen volvió a su trabajo, esta vez escribiendo más suave. La guerra había terminado: ahora Owen tenía marcada una sonrisa.

Vínculos

Episodio 1 (fragmento)



Santiago Rivera, 14 años
IED La Toscana Lisboa. Crea La Campiña
AF: Laura Alejandra Flórez Millán

Nuestro protagonista estaba haciendo su actividad favorita: ver las estrellas mientras imaginaba todos los mundos, personas y cosas increíbles que puede haber en el universo. Sin embargo, su tranquilidad no sería eterna, puesto que un aparente desconocido lo tomó por sorpresa con un golpe en la espalda. Taiyo, asustado, volteó a ver quién era ese desconocido, que resultó ser su mejor amigo, Héctor, que lo había estado buscando para llevarlo con sus demás amigos.

Él, aún molesto por el susto y el golpe, le dijo:

—Ya voy, solo... déjame terminar de ver las estrellas. —En su voz se notaba un poco de cansancio y molestia, pero algo de alegría sentía de ver a su amigo tan entusiasmado.

—¡Otra vez con las estrellas! Vaya, sí que eres aburrido y muy predecible —terminó con un suspiro de decepción al ver lo que hacía su amigo.

—Ja, ja, a mí también me alegra verte, Héctor.

Acto seguido, chocaron los puños en señal de paz. Mientras caminaban hacia sus demás amigos, siguieron hablando:

—¿Y qué más has hecho, aparte de mirar las estrellas y ser tan aburrido? —comentó Héctor, soltando una leve risa.

—Pues déjame pensar... Hum... Nada —contestó Taiyo con un orgullo notable—. ¿Qué te puedo decir? Vivo una vida tranquila aquí en Punta de Flecha —dijo Taiyo con un aire de seguridad.

—¡¿Tranquila?! ¿Sabes que vives en la ciudad más genial del mundo?... Retiro lo dicho: en el planeta más genial del mundo —comentó Héctor con notoria sorpresa—. ¿Cuántos planetas conoces donde todos sus habitantes tengan poderes únicos y especiales?

—Pues cero, pero ¿sabías que existe un planeta tranquilo, cuyos habitantes no tienen poderes y viven igual de bien que nosotros? —respondió Taiyo con algo de entusiasmo.

—A ver, ¿cómo se llama? ¿Aburrilandia? —remató Héctor con un notorio desdén.

—Ja, ja, se llama Tierra, y tú lo sabes.

Después de esta pequeña charla, los inseparables amigos llegaron a su destino, el refugio “secreto”, un almacén abandonado en la ciudad. Golpearon, y por la puerta se asomó una chica preguntando:

—¿Contraseña?

—Somos nosotros, tonta —contestó Héctor.

La chica, indignada, cerró la puerta con fuerza. Taiyo empezó a reír al ver a su amigo quedar como un gran idiota, y decidido a tomar las riendas del asunto, golpeó la puerta. La chica salió nuevamente para mencionarles:

—¡No jodan, está cerrado! —pero al asomarse bien, comentó con un notorio tono de pena—: Ahh, perdón, quiero decir, contraseña.

Taiyo se acercó como si fuera un espía, y le dijo:

—Piña con papa 555.

La rejilla se cerró inmediatamente, y como recompensa, la puerta se abrió dejando ver a la mujer que estaba detrás. Era Kitty,

que, aunque era de un temperamento algo ardiente y explosivo, tenía la habilidad de controlar el hielo.

El dúo dinámico ingresó y vieron un interior muy bien iluminado, con distintos cuartos específicos. Lo más notorio era un gran cartel que decía “¡POR FAVOR, NO USAR PODERES!”. Taiyo miró este cartel con aceptación.

De repente salieron dos personas extra gritando “¡Sorpresa!”, asustando a Héctor y a Taiyo, pero molestando a Kitty.

—Se suponía que lo dijeran apenas entraran, no una hora después —dijo Kitty con un notorio enojo.

Era una fiesta sorpresa por los diez años que Taiyo llevaba en Punta de Flecha. Diez años de alegría y nostalgia. ¿Qué pasaría con su vida en la Tierra?

Los tres mosqueteros



Daniel Camilo Hernández Feliciano, 9 años
Brayan Mateo Cárdenas Barbosa, 10 años
IED General Gustavo Rojas Pinilla. Crea Castilla
AF: Estefanía Valderrama Sánchez

MELIODAS. Hola. Soy el superhéroe Meliodas. Soy inmortal y también soy un demonio; pero tranquilos: soy un demonio bueno. Mi asistente se llama Finn el Humano, y no hace falta decir que no es un demonio.

(Sonido de ambulancia.)

MELIODAS. ¡Es una emergencia!

FINN. ¡Vamos, Meliodas! ¿Quién es el malo ahora, Meliodas?

MELIODAS. ¿Es el hada Carol? Eso no es una amenaza. Deberíamos dejarla ir.

(Ríen juntos.)

HADA CAROL. *(Risa malvada.)* ¡Voy a destruir el mundo! ¡Por fin no aparece Finn el Humano ni Meliodas! Mmmm. Mejor para mí.

MELIODAS. Debemos ir. Vamos, necesitan de nosotros, Finn.

FINN. ¡Claro! Solo pongámonos nuestro traje.

(Meliodas y Finn proceden a cambiarse. Luego se encuentran con el hada Carol.)

HADA CAROL. Mmmm. Conque viniste, Meliodas. Y tú también, Finn.

MELIODAS. ¡Te destruiremos! Aunque pareces buena persona, no lo eres. Te cambiaremos con esta arma.

(Se oye una fuerte explosión. Entra en escena el hada Carol.)

HADA CAROL. Me siento diferente. Puedo ayudarlos a combatir el crimen.

MELIODAS. Mmm. Me parece bien otra compañera.

FINN. Promete que no le vas a contar a nadie que tú eres...

MELIODAS. ¡Espera! ¿Cuál es tu nombre real?

ISABELLA. Mi... mi... mi nombre real es Elizabeth.

FINN. Me parece bien.

TODOS. *(Ríen.)* ¡Vamos a ver tele!

(Después de que eso pasara...)

VILLANO. *(Con voz fuerte.)* Volveré y hechizaré de nuevo al hada Carol...

(Continuará...)

El espectáculo taurino



**María Stella Gaitán, Gladys Ramírez de Rey, Julia González,
Amparo Sosa, Luz Stella Sánchez, Olga Díaz Díaz,
Luis Alfonso Valencia, 62 a 77 años**
Colectivo Los Abuelos Literarios. Crea Lucero Bajo
AF: Paula Romero

Como grupo, Los Abuelos Literarios damos a conocer nuestro punto de vista, investigación y experiencias en relación con la crónica que tiene en sus manos, guiados por nuestra docente Paula Romero. Usted, como lector, encontrará aquí diferentes voces y opiniones de quienes conforman el grupo, algunos a favor de esta práctica, y otros en total desacuerdo, pero sin caer en la disputa, ya que muchas veces la agresión es el pan de cada día por no pensar de igual manera.

Es nuestro pronunciamiento en cuanto a procedencia, causas, consecuencias y posibles soluciones ante los espectáculos taurinos que se convierten en tragedia. Nos enfocamos en los sucesos acaecidos en El Espinal (Tolima) durante las fiestas de San Pedro, más específicamente la del mes de junio del 2022.

Antes de iniciar el tema que nos convoca, es necesario ir al pasado y conocer la historia de la tauromaquia y las corralejas, y

por qué han cobrado tal importancia, principalmente en los pueblos de nuestro país.

Un vistazo al pasado

Antes de todo, debemos preguntarnos *qué es la tauromaquia*. Según la RAE, “la tauromaquia es el arte y la técnica de lidiar toros”, y lleva en nuestro mundo 1300 años. Comenzó en la península Ibérica, y también la practicaban en Grecia, particularmente en Creta y en el norte de África.

Se cree que inició con la idea de guardar los toros, pues el hombre que lo hacía, lo realizaba montado a caballo y empujando el toro con una estaca.

Las ganaderías siempre han buscado toros bravos para el espectáculo de la corrida de toros. Lo han realizado enrazando vacas de origen bravo para generar un toro con esa bravura.

Las mujeres también han ganado espacio en la tauromaquia: existen toreras y rejoneadoras, como Conchita Cintrón, reconocida rejoneadora peruana.

Por otro lado, encontramos las corralejas, que en un comienzo no eran para la diversión: fue la forma como los indígenas y negros aprendían a manejar el caballo y el ganado, para entretenerse con los animales, especialmente con los toros, por ser más bravos, y esto significaba todo un reto.

Las corralejas que se celebraban en “las antiguas sabanas de Córdoba y Sucre datan de 1827, cuando Sebastián de Zuviría celebra las primeras corridas de toros a imitación de España”.¹ Se

1 Luis Guillermo Baptiste, Ingrid Johanna Bolívar, Alberto Flórez Malagón, Stefania Gallini y Shawn van Ausdal. (2008). *El poder de la carne*. Pontificia Universidad Javeriana. <https://repository.javeriana.edu.co/handle/10554/42392>

puede dar cuenta de que el surgimiento de estas corralejas comenzó en la costa caribe colombiana, especialmente en la región de Sucre.

Llegó la diversión, no con el ánimo de maltratarlos, como en las corridas de toros, pues la corraleja solo era una forma de diversión que no iba más allá, pero con el paso de los años se sacó de contexto y se empezó a buscar la forma de encerrar los animales y de crear palcos con construcciones de madera, que se podían armar y desarmar de manera fácil, rápida y a bajo costo. Sin embargo, estas construcciones han representado un gran peligro para los espectadores, ya que no soportan la cantidad de gente aglomerada en estos espectáculos, y muchas veces terminan ocasionando tragedias. Lo más triste es que los adultos asisten en compañía de niños, que por lo regular son los más afectados cuando hay una calamidad.

Por otro lado, la gala también hace presencia en estos escenarios: los trajes de luces ajustados al cuerpo del torero, su gorro que simula dos orejas y su porte elegante, que invita hasta a las más puras damas a fijarse en su forma anatómica, la capa roja que sacude invitando al inocente toro a empezar una pelea desigual, más parecida a una danza española, el alboroto de la tribuna que a gritos pide orejas. Allí está la gente “de bien” pidiendo mutilar a un animal que no sabe por qué fue llevado a ese baile llamado “la fiesta brava”.

Llena está la plaza que va a presenciar la tortura y muerte lenta de aquel que fue elegido por ser de casta. Allí, los grandes gobernantes, en un sitio especial para no untarse de pueblo, los narradores evocando a uno de los más grandes, como lo fue Fernando González Pacheco, el inolvidable hinchado del “Santafecito lindo”.

Los estruendosos gritos de “olé y olé” piden sangre del animal, que poco a poco se va enfureciendo, con sus patas, escarba y levanta arena, y con su mirada fiera anima al público a seguir gritando, mientras se desestabiliza la tarima mal armada que amenaza con caer.

¿Caerán las atiborradas gradas?, ¿calmarán sus sedientas ansias de sangre?

Una lamentable tragedia

Para esta crónica nos basamos en lo sucedido en el departamento del Tolima, específicamente, en El Espinal, durante las tradicionales corralejas que se desarrollaban en las fiestas de San Pedro. El disfrute para muchos de los asistentes se convirtió en un fatídico recuerdo cuando las gradas se vinieron abajo.

El término *espinal* viene de *espina dorsal*, y es precisamente la fuerza de la espina dorsal lo que le faltó a esa estructura que se vino abajo en pleno desarrollo de la corraleja. La planta conocida como *guadua* es delgada y hueca por dentro. La guadua es el material con que se construyen los palcos, tarimas de diversión y diferentes armazones, ya que esta planta es muy resistente. Fue con guadua, precisamente, que se construyeron los palcos que cayeron a la arena.

Otro suceso que ocurre en estos eventos es el vaivén de los testigos que quieren mirar lo que pasó ese día. Y es que, si uno supiera lo que podría suceder en ese momento, no iría, no asistiría al lugar, sea porque se derrumban los cimientos de una construcción o porque el animal logra cornear a algún sujeto.

Este terrible accidente, que dejó cuatro muertos y más de doscientos cincuenta heridos, los cuales fueron atendidos prontamente, pone a pensar no solo a quienes vivieron en carne propia esta tragedia, sino a la población en general. Por ello se habla de la prohibición de las corridas de toros y las corralejas como actos de diversión y actos “culturales”, no solo por el peligro que representa para la comunidad, sino también por el maltrato animal. Sumado a esto, existen cada vez más políticas públicas que se generan a favor y en defensa de la vida desde todo punto de vista.

Nuestra mirada

No sabemos si el toro sabe a qué fiesta lo llevan. Lo cierto es que allí va a un baile muy divertido para los humanos, y fatal para el animal, el cual, inocente, es conducido a divertir a tan insensibles seres que gritan con entusiasmo “olé”. Ellos disfrutan su tormento, y hasta manzanilla en forma de licor consumen, sirviéndose en botas de cuero que reflejan la muerte del vacuno.

La manera de divertirnos como seres humanos no debe atender contra la obra más perfecta de la Creación (en todo el sentido de la palabra).

El maltrato a los animales, en este caso, a los toros, no debe ser una diversión para las personas. Esto solo deja una herencia de violencia, en especial a los niños, a quienes se les debe enseñar principios y valores que lleven paz y tranquilidad a su vida. Atormentar o maltratar a un animal es un acto inhumano e incivilizado. Los animales también tienen derechos, que debemos respetar.

El espectáculo de las corrales y corridas de toros, cuyo eje es el disfrute del dolor de un ser viviente hasta verlo morir, es repulsivo desde la óptica de nuestros valores. Hay bestias con figura humana que, así como gozan del dolor de un animal, son capaces de torturar y dar muerte a otro de su especie.

Hay que pensar: ¿nos gustaría morir de a poco mientras los presentes aplauden y gritan?

Y cuando un toro mata a un torero, ¿no estará vengando el asesinato de uno de su especie? Nos vienen a la mente casos como el de Paquirri y otros tantos, con sus rostros pálidos de moribundos sobre una camilla.



LA
TRAVESÍA
DE LAS

ES PO RAS



En estas páginas se dan cita voces muy distintas, de acentos diversos, que se expresan en tonalidades muy variadas, que se encuentran, se relacionan, crecen juntas y por ratos se distancian... Pero todas se buscan y se reconocen en el aprendizaje. Esperamos que esta antología, al igual que las que le han precedido, sea de su agrado, que la disfruten y les permita vislumbrar un panorama de lo que, como ciudad, estamos escribiendo.

ISBN: 978-628-7531-83-3

